

COLECCIÓN BICENTENARIO



11 relatos para volver a contar



Espinosa, José María. (1828). "Infancia del general José María Córdoba". [Acuarela]. En López Bermúdez, Andrés (2000, marzo). "Cambios en la imagen de un héroe: José María Córdoba: entre la historia y el mito". *Revista Credencial Historia*, (Ed. 123), p. 3.

los otros principios
...ones. L
general
Este e
esta
Si ella

Ministra de Educación Nacional

Cecilia María Vélez White

Viceministra de Preescolar, Básica y Media

Isabel Segovia Ospina

Directora de Calidad Preescolar, Básica y Media

Mónica López Castro

Subdirectora de Articulación Educativa e Intersectorial

María Clara Ortiz Karam

Jefe de la Oficina Asesora de Comunicaciones

Carol Angélica Ramírez Espejo

Gerente Historia Hoy

Laura Patricia Barragán Montaña

Asesores Historia Hoy

Juan Camilo Aljuri Pimiento

Sergio Méndez Vizcaya

Lesly Sarmiento Pinzón

Revisión histórica de contenidos

Oscar Guarín Martínez

Dirección editorial

.Puntoaparte Editores

Diseño y diagramación

.Puntoaparte Editores

Ilustraciones

Mónica Cárdenas

Leonardo Parra Puentes

Nelson David Martínez Puerto

Giancarlo Rojas Marín

ISBN: 978-958-8575-00-1

Impresión

Publicultural S.A.

Carta de la Ministra de Educación Nacional

Te cuento la Independencia: 11 relatos para volver a contar es un libro pensado y escrito por historiadores para los niños y niñas colombianos. Historias de la historia; hechos reales que sucedieron hace 200 años y que no habían sido contados hasta ahora; relatos soportados por el trabajo, la investigación y los datos recolectados durante años por los historiadores y cuyas referencias pueden ser consultadas en las páginas finales del libro; voces no escuchadas y personajes no vistos por los tradicionales textos y documentos históricos de registro. Historias escritas para niños y niñas sí, pero que también nos enseñan mucho a nosotros los adultos.

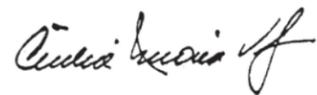
11 relatos para volver a contar en las aulas de las escuelas y colegios del país; en las rondas de cuentos infantiles; en las salas de lectura para niños de las bibliotecas y librerías; en las alcobas de la casa antes de dormir. 11 relatos en donde como por arte de la narración y de la historia —nuestra historia, viva y palpitante— tenemos la oportunidad de conocer personajes del ayer que hicieron y construyeron el país que hoy somos.

Personas como **José María Triana**, maestro de primeras letras en una escuela de Bogotá y primero en poner en marcha el método inglés de la escuela de enseñanza mutua. O como **Salvador Chuquín**, el generoso y sabio indio, guía, cargador de instrumentos y compañero de viaje y exploración del Sabio Francisco José de Caldas, a quien salvó de morir en las honduras del cráter del Volcán de Imbabura. También conoceremos al **niño de ocho años** que comienza a contarnos la historia de la Independencia hasta que cumple los quince, desde las calles, el colegio, las iglesias, la catedral, el coliseo, las plazas y plazuelas en una suerte de anuario que termina con la derrota de los españoles a manos de las tropas de Simón Bolívar. A la **familia Tatis** conformada por Manuel José Tatis, de origen español y su lucha por defender a Cartagena del sitio al que la sometieron las tropas del Rey; y de María Josefa Ahumada, su esposa, y sus cuatro niños, habitantes de Sabanalarga, a quienes la persecución y la violencia los despojó de casa, bienes y les obligó a errar y desplazarse de pueblo en pueblo.

También podremos aprender sobre **José Manuel**, un niño nacido en 1800, a través de cuyos ojos volvemos a ver el río, saltamos por los árboles, ahuyentamos a los pájaros y retomamos los juegos, travesuras y andanzas de la infancia. Sobre

Tomasa, la mula, testigo presencial del rumor que se esparció por culpa de una carta enviada desde el Cabildo de Cartagena a todos los habitantes de Mahates, en el que ninguno sabía leer, a excepción del cura y el hijo de doña Juana, quienes por azares del destino estaban fuera del pueblo. Sobre **Melchora Nieto y Francisca Guerra**, patriotas convencidas, líderes de las revueltas que impidieron la entrada de los cañones del ejército a la Plaza Mayor en Bogotá el 20 de julio de 1810 y apoyaron a Antonio Nariño en 1813. Sobre el **coronel John Hamilton**, emisario del gobierno británico, su joven asistente Cade y Don, su perro de raza Pointer y las crónicas de su viaje por un país copado de paisajes, rostros y mil colores, desde Santa Marta, por el Río Magdalena, hasta Bogotá, el Cauca y de nuevo en la aventura de regreso a Cartagena. De **Ana María Matamba**, la abuela de 90 años quien, desde la Villa de San Bartolomé de Honda, aun antes de morir, ansiaba una libertad tan plena como las mismas aguas del Río Grande de la Magdalena para los que, como ella, nacieron esclavos. Del **sauce, el arrayán y el olivo**, primeros árboles sembrados en la Plaza de Santafé, Capital de Cundinamarca, símbolos de su Independencia y libertad, protagonistas aún hoy de todas las fiestas y las plazas. Y, finalmente, escucharemos la historia de **José Domínguez Roche**, versificador, escritor y director de la obra de teatro “La Pola”, presentada al público en 1826 para conmemorar la muerte de la heroína, salvada esta vez del fusilamiento por los espectadores al final de la representación.

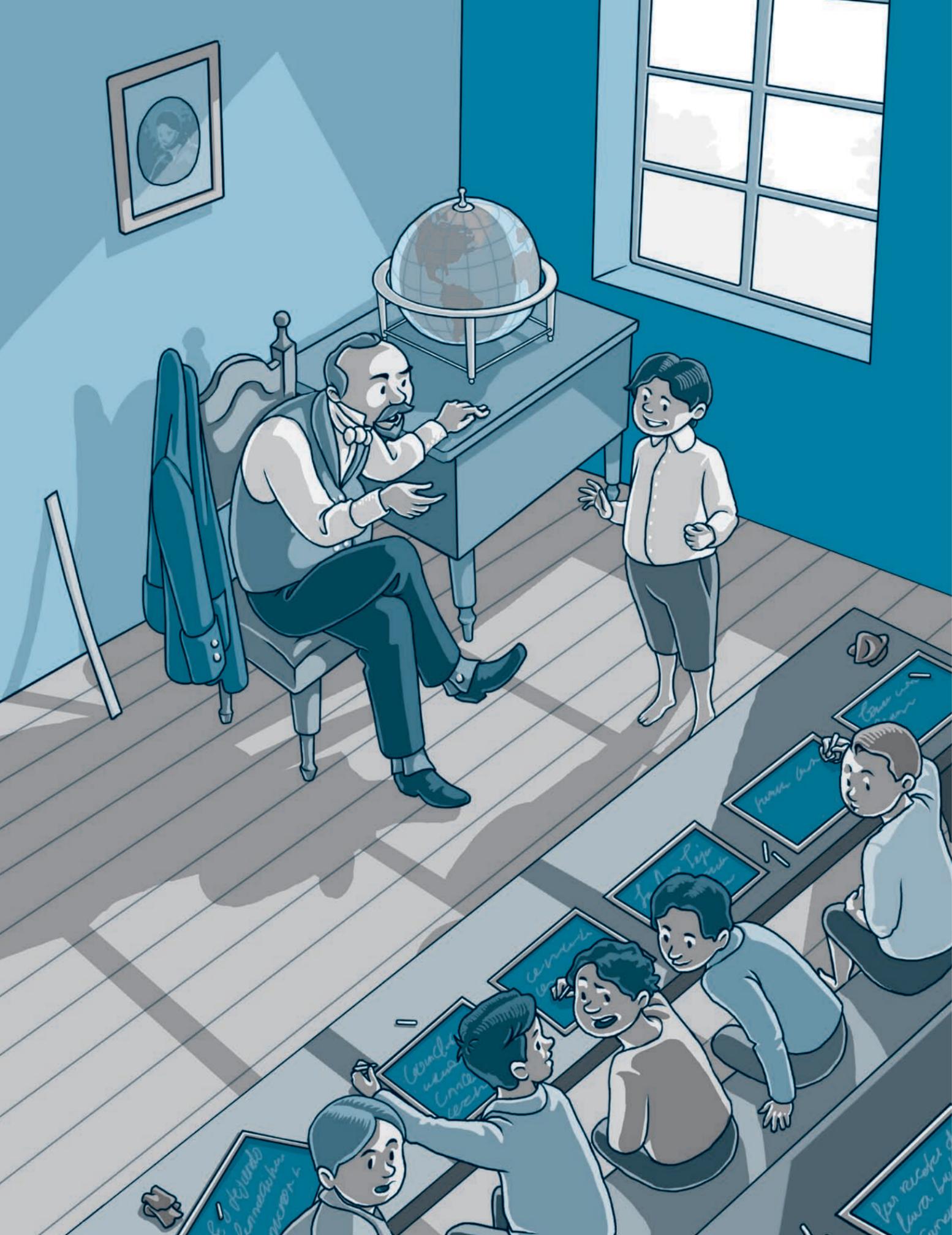
La realización de este libro para niños significó, tanto para los historiadores, el equipo del programa *Historia Hoy* y para mí como Ministra de Educación, la más especial y satisfactoria de las actividades programadas para celebrar el Bicentenario de la Independencia. El esfuerzo bien vale la pena porque los niños y niñas que leerán estos relatos serán los hombres y mujeres que harán la historia mañana.



Cecilia María Vélez White
Ministra de Educación Nacional

Tabla de contenido

<u>La escuela colombiana hace 200 años, al derecho y al revés</u>	<u>7</u>
Oscar Saldarriaga Vélez	
<u>Las aventuras científicas del Sabio Caldas y Salvador Chuquín</u>	<u>15</u>
Mauricio Nieto Olarte	
<u>La Independencia contada por un muchacho en Bogotá</u>	<u>23</u>
Jorge Orlando Melo González	
<u>Historias de Cartagena durante la Independencia</u>	<u>31</u>
Adelaida Sourdis Nájera	
<u>Un niño de la Independencia</u>	<u>37</u>
María del Pilar López Arismendy	
<u>Historia de un rumor en tiempos de la Independencia</u>	<u>45</u>
May Xue Ospina Posse	
<u>La historia desconocida de Melchora Nieto: una patriota valiente</u>	<u>53</u>
Martha Lux Martelo	
<u>La Colombia que yo conocí</u>	<u>59</u>
Pablo Rodríguez Jiménez	
<u>Ana María Matamba: los caminos cruzados de la esclavitud y la libertad</u>	<u>67</u>
Rafael Antonio Díaz Díaz	
<u>El árbol de la plaza</u>	<u>75</u>
Germán Rodrigo Mejía Pavony	
<u>El día que la Pola fue salvada de morir</u>	<u>83</u>
Oscar Guarín Martínez	



LA ESCUELA COLOMBIANA HACE 200 AÑOS, AL DERECHO Y AL REVÉS

Oscar Saldarriaga Vélez

Buenos días. Me llamo José María Triana y soy maestro de escuela en Bogotá, Capital de mi querida República de la Nueva Granada. Ser “maestro de primeras letras” y tener una escuela para recibir a todos los niños es algo bastante raro y nuevo en estos tiempos. Con sólo decirles que en el glorioso año de 1810, hace 17 años, había apenas dos escuelas en toda la ciudad.

Y yo parezco más raro aún, soy ¡“maestro lancasteriano”! Eso no es ninguna enfermedad, es que, a mucho honor, soy el primer maestro colombiano que dirige una escuela con un sistema inglés recién importado. Mister Lancaster, su inventor, les prometió a mis generales Bolívar y Santander que con ese sistema un solo maestro le puede enseñar a 1,000 niños ¿Se imaginan el salón? ¿Y al maestro en medio de 1,000 niños? Bueno, pues ese es el final del cuento, porque quiero explicarles por qué mi escuela y yo les parecemos tan raros a mis compatriotas.

La historia de mi escuela es al revés de lo que se imaginan: en Colombia no nacieron primero las escuelas, nacieron primero las universidades, y ellas tenían todo dentro, colegios y escuelas. Allá enseñaban a leer, después el latín y luego las carreras de Derecho y Teología, de donde salían los abogados y los sacerdotes. Todo era para los pocos descendientes de los españoles. Por eso no había escuelas grandes y abiertas a todos, aunque sí había chicos de 10 años que eran universitarios: entraban allá a aprender el alfabeto y la gramática, y ¡ya eran universitarios! Y eso no es todo, los

títulos eran de tres grados: bachiller, maestro y doctor. Sí, bachiller no era el que terminaba el colegio, era un universitario que había terminado los dos primeros años de una carrera. Por eso los bachilleres, que eran por lo general blancos sin dinero ni propiedades pero que sabían leer y escribir, iban ganándose la vida escribiendo las peticiones de la gente y los pleitos. Otros iban a enseñarles a los hijos de los ricos en sus casas: esos fueron los primeros maestros que hubo en este país, pero como andaban de pueblo en pueblo, no inspiraban mucho respeto.

Todo esto nos parece el mundo al revés... ¿O al derecho? Es que el derecho en nuestros tiempos era el revés en los tiempos de los españoles. Los primeros conquistadores y los misioneros que llegaron hicieron unas chozas para tener internados a los indígenas, pero sólo a los hijos de los caciques y de los nobles, y no para que fueran universitarios, sino para que les ayudaran a mandar en sus propias comunidades. Se llamaron “escuelas doctrineras”, y fueron muy pocas, pues a nuestros ancestros les gustaba más aprender caminando por sus selvas y montañas. Esas escuelas estaban en los “pueblos de indios” que quedaban en las fronteras y que nunca fueron consideradas como verdaderas entidades educativas, porque los indios tampoco eran considerados como verdaderos “civilizados”.



Tuvieron que pasar más de 100 años, como hasta 1687, para que se organizaran otras escuelas. En ese tiempo los indios, los blancos y los esclavos negros ya se habían juntado y habían tenido descendientes, pero a pesar de la mezcla de las personas, el orden de la sociedad separaba y diferenciaba la gente por razas. Las ciudades habían crecido y ya había niños huérfanos y pobres andando por las calles de los poblados. Se organizaron unas pocas escuelas, sólo en cinco ciudades, que eran sobre

todo para recoger a los huérfanos pobres. Por eso las

llamaron “escuelas pías”, o sea, piadosas, y porque se construyeron junto a unos colegios que tenían los padres jesuitas. Tampoco fueron verdaderas escuelas públicas, porque le prohibían la entrada a “indios, negros, mulatos y zambos...”, y a las niñas, no importaba que fueran blancas o ricas. Y además, adentro del salón también se separaban las bancas de los “ricos, los plebeyos y los pobres”.

Pasaron otros 100 años, hasta 1767: ese año fue famoso, porque fue entonces cuando los reyes de España expulsaron a los jesuitas de toda la América castellana y portuguesa, porque sintieron que estos religiosos se habían vuelto muy poderosos y

le hacían competencia a la monarquía. Y por eso el Rey mandó a sus funcionarios a usar los colegios, las tierras y los dineros de los jesuitas para fundar universidades, colegios y escuelas públicas.

Y entonces, el mundo quedó al revés. O al derecho: los filósofos descubrieron que la educación era la “fuente de toda felicidad y prosperidad de todos” y empezaron a enseñar que en la era de la Ilustración todos tenían derecho a la educación. Mejor dicho, ahí fue cuando empezaron a pensar que era importante que el Estado patrocinara la educación elemental, gratuita y para todos los niños, y que toda fuera uniforme, con los mismos libros y los mismos métodos, con bancos, con patios y sin castigos físicos. Fue entonces cuando se contrataron doctores y catedráticos en las universidades para cultivar las ciencias experimentales, las matemáticas y la botánica. Con esas ciencias, el Estado empezó a formar “hombres útiles para la patria”, ya no sólo para la Iglesia. Y desde ese momento las escuelas se separaron de las universidades y el Estado empezó a reunir a esos maestros andariegos para hacerles exámenes y para poder contratarlos y enseñarnos nuevos métodos pedagógicos.

Todo esto ha pasado muy rápido, sólo 60 años antes de la Revolución de Independencia de 1810, como quien dice, lo que ha durado la vida de mi papá. Y aunque todavía hoy no han cambiado muchas ideas sobre las diferencias de raza, en las escuelas republicanas enseñamos que las diferencias nacen de lo que cada uno pueda y quiera aprender. Por eso mis compatriotas no entienden muy bien las ideas de igualdad, y todavía no saben muy bien cómo tratarnos, si con respeto o con desconfianza.

Nos quedan muchos obstáculos por vencer: en nuestro país las distancias son grandes, los caminos difíciles y pasará mucho tiempo para que haya escuelas en todos los pueblos o para que les lleguen los útiles y los libros a los niños y a veces hasta los sueldos a los maestros. Todo eso preocupa a los Libertadores. Pero yo creo que la mayor dificultad es lo que mi general Bolívar llama “la gran ignorancia del pueblo”: los padres de familia no quieren mandar a sus hijos a la escuela.





Como la mayoría de habitantes de nuestra República son campesinos, no les gusta que sus hijos dejen de trabajar en las sementeras y creen que lo que enseñamos en las escuelas es inútil. Nuestro pueblo piensa todavía que el derecho de las cosas es que los niños trabajen y dicen que la escuela es dañina porque un “niño ilustrado” tarde o temprano dejará los campos para irse a ganar la vida en las ciudades. Tenemos que enseñarles el derecho.

Y por eso fue que mi general Bolívar se trajo al mismísimo mister Lancaster, el inventor de las “escuelas de enseñanza mutua”, el de los 1,000 niños. Bueno, les contaré rápido cómo funciona. El secreto consiste en organizar la escuela como una de esas grandes fábricas de telas que hay ahora en Inglaterra: se ordena a los niños en bancas muy largas y en la punta de cada una se pone al chico que sepa más, para que enseñe, vigile y mande a los demás: esos se llaman monitores. Ellos les enseñan una letra a los más chicos, una letra y otra, y cada vez que uno aprende una nueva, sube de puesto en la banca y después pasa a la banca de adelante, y a otra, de modo que los que aprenden más llegan a ser monitores. Por eso la llaman enseñanza mutua.

La disciplina es muy fuerte porque para que todo funcione el maestro tiene que ser como un militar, dando las órdenes con una vara para que todos hagan lo mismo al mismo tiempo. No usamos cuadernos ni lápices, sino pizarras y unos cajones de arena para dibujar las letras por turnos. A todos se los califica con puntos buenos o malos que se pagan con bonos. A los chicos indisciplinados se los castiga poniéndoles un gorro que dice “burro”, pero algunos maestros han abusado de esos castigos y le han dado mala fama al sistema. Como mister Lancaster está por estos días en Caracas, voy a escribirle para que me aconseje, pues en mi escuela lancasteriana de Bogotá he tenido hasta 200 muchachos, pero no se dejan disciplinar así no más.

Bueno, niños, ésta es la historia de nuestra escuela y se las he contado porque ustedes han sido elegidos como mis primeros monitores. Así que, ¡a trabajar!





LAS AVENTURAS CIENTÍFICAS DEL SABIO CALDAS Y SALVADOR CHUQUÍN

Mauricio Nieto Olarte

Francisco José de Caldas quería saber. Desde niño quería saber todo y aprender de todo: las plantas y sus usos, los animales, las serpientes y sus venenos, las montañas, los ríos, la Luna, los planetas, las estrellas y la gente, su pasado y sus costumbres. Siempre quiso saberlo todo y entenderlo todo. Tanto así, que quiso aprender más de lo que sus maestros en la escuela de Popayán, como José Félix Restrepo, o en la Universidad, en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en Santafé de Bogotá, le pudieron enseñar. También quiso aprender más de lo que el médico y botánico español José Celestino Mutis o el explorador Alexander von Humboldt le pudieron mostrar.

Su deseo de aprender lo convirtió en un apasionado lector. Siempre buscaba nuevos libros y escritos de viajeros y naturalistas europeos que leía sin recreo. Pero los libros tampoco fueron suficientes porque su curiosidad era cada vez más grande y los pocos textos que le traían de Europa no decían mucho sobre la geografía o la historia de su tierra: no tenían información sobre los animales y las plantas americanas que él había observado detenidamente en sus continuos viajes por la Cordillera de los Andes, por los valles y por las montañas de la América tropical. Por ejemplo, la magia del pequeño colibrí —“tominejo” o “ave mosca”, como lo llamaron los primeros europeos que vieron el maravilloso vuelo de estas aves de América— no aparecía en los tratados de historia natural escritos en el viejo continente. La naturaleza americana estaba llena de secretos por descubrir.

Por eso, Caldas aprendió más sobre la naturaleza americana y sobre las estrellas del cielo ecuatorial mirando con atención y tomando cuidadosa nota de sus observaciones. Fue así como se convirtió en un viajero y explorador incansable. Su insaciable curiosidad lo llevó a recopilar información que durante toda su vida le permitió escribir sobre el clima, las montañas, las plantas y los animales, así como hacer mapas y descripciones de esa tierra que tanto admiraba. Gracias a este amor por la ciencia, los historiadores lo llamaron 'el Sabio' Caldas.

Lo que no siempre cuentan sus biógrafos es que Caldas, como todos los viajeros y exploradores, requirió de la ayuda de quienes habitaban las tierras que visitaba. Todos los hombres de ciencia que exploraron el mundo necesitaron de guías y cargueros, que no solamente señalaban los rumbos o cargaban equipajes, instrumentos y libros, sino que de manera permanente compartían sus conocimientos con sus patrones.

La historia poco nos dice de estos personajes desconocidos, pero es indudable que sin su ayuda los hombres de letras y exploradores habrían deambulado como ciegos en las selvas tropicales.

Entre las muchas aventuras que Caldas vivió en medio de calurosas selvas, placenteras sabanas o



cumbres heladas, vamos a contar una en la que estuvo en peligro de muerte. Tras estar a punto de caer en el cráter de un volcán y ser salvado por Salvador Chuquín, su guía y compañero de viajes, Caldas aprendió la lección más importante de su vida.

Dejemos que sea él mismo quien nos cuente la aventura del volcán de Imbabura, transcurrida en el año de 1802:

“Armado de mi barómetro, termómetro y octante, partimos al amanecer con mis indios cargados de instrumentos, envueltos en nubes y penetrados de frío. Yo deseaba con ardor ver este cráter desconocido y desprecié todos los peligros. De abismo en abismo llegamos a las nueve de la mañana a la orilla del cráter, agotado de sudor y cansancio. ¡Qué espectáculo! El horror y un secreto placer se apoderaron de mi alma. No me cansaba de ver y de admirar de cerca a esta naturaleza espantosa. Bocas quemadas y destrozadas, lava, pómez, arena, azufre, nieve, greda, precipicios y confusión eran los objetos que se presentaban a mis ojos”.

Pero las dificultades y peligros no atemorizaron al explorador. A pesar de que ponía en riesgo su vida, decidió llevar sus instrumentos hasta lugares donde nadie lo había hecho antes, con la ayuda de su acompañante nativo. Caldas continúa su relato:

“Nosotros íbamos al punto más peligroso en que iban a parar la lava y las rocas hirvientes; yo lo veía, pero el deseo de medir su profundidad y de tocar de cerca este lugar de horror, me resolvió a arriesgarlo todo y comenzamos a bajar por el lugar que nos pareció menos peligroso. Me precedía un

indio práctico de la montaña cargado con mi barómetro y yo le seguía a tres o cuatro pasos de distancia... Yo temí, pero la facilidad con que había pasado mi guía descalzo me animó y entré en el peligro. Apenas había dado tres pasos sobre la lisa piedra cuando veo que todo se remueve y no pudiendo sostenerme en pie me siento, y aun en esta situación comienzo a precipitarme hacia el fondo de este espantoso cráter; creo llegado el fin de mi vida, y doy una voz de auxilio a mi guía. Este indio generoso vuelve la vista, me ve perdido, se avanza hacia mí con una intrepidez inaudita, se arroja al mismo peligro en que me veía, me toma del brazo derecho, me arroja a dos varas del precipicio y me da la vida. Mi alma pasó en este momento de todos los horrores de la muerte a los sentimientos del más dulce y vivo reconocimiento. ¡Ah! transportado, beso la mano de mi libertador y le testifico de todos modos mi agradecimiento. Este indio se llama, porque es justo nombrarle, Salvador Chuquín”.

Ya a salvo, tendido y desconcertado bajo una enorme palma de cera, Caldas agradeció la proeza de su guía. Éste, al verlo tan asustado le hizo varias preguntas: “¿Por qué prefiere el frío de las altas montañas o el calor de selvas llenas de insectos insoportables, cargando sus pesados instrumentos científicos y tomando datos sin descanso, a la comodidad de su hogar?”

Caldas le contestó con entusiasmo: “Quiero hacer un gran Atlas del Reino, quiero hacer mapas de todos los rincones de este rico país. En esos

mapas deben aparecer todos los caminos y las distancias, las montañas y las alturas y todas las plantas que puedan ser útiles. Por eso es que necesito de mis cuadernos de notas para no olvidar todo lo que veo, de mi telescopio para ver las estrellas y los planetas, calcular así latitudes y longitudes, del barómetro para medir la altura de las montañas y del termómetro para saber la exacta temperatura de todos los lugares por donde hemos pasado; sin ellos no podría tener información precisa sobre estas cosas”.

Pero entonces Salvador Chuquín quedó lleno de dudas: “¿Por qué el señor Caldas no descansa ni duerme? ¿Qué tienen que ver las estrellas en el cielo con sus mapas de papel? ¿Qué es lo que examina con tanta atención a través del telescopio y para qué observa el cielo con el aparato llamado octante?” Sin ignorar la pregunta, pero ausente con sus propios pensamientos, Caldas explicó: “La Tierra es como un enorme globo y las estrellas son como un mapa en el cielo que permiten saber en qué lugar exacto de esa gran esfera estamos parados.

La altura de las estrellas, los satélites de Júpiter o un eclipse lunar, acompañan al viajero y le enseñan al cartógrafo la ubicación precisa de cualquier lugar sobre el planeta”.

Sin entender del todo las razones, y menos el arrebató de su amigo blanco, Salvador Chuquín le preguntó: “¿Para qué los mapas?” Caldas continuó: “Los mapas, mi amigo Salvador, no sólo esconden tesoros. Son mágicos porque permiten ver y tener



el mundo sobre una hoja de papel. Con un mapa puedes ir a lugares que no conoces, y con un dedo sobre el papel, puedes tener la tranquilidad de decir: estamos aquí. Sobre un mapa también es posible viajar sin salir de casa; y aún más insólito, con un mapa se puede viajar en el tiempo, predecir lo que viene en un viaje que nunca has hecho. Sobre los mapas se planea una batalla, un proyecto de conquista y colonización, incluso un imperio o una nación. Y eso no es todo, en un mapa o con un mapa, puedes tomar y llevarte una ciudad, un río, una montaña, un imperio, un continente entero”.

Sorprendido, Salvador Chuquín continuó con sus interrogantes: “Si quiere llevarse las montañas, señor Caldas, ¿a dónde las llevaría? ¿Para quién son todos esos mapas? ¿A dónde los quiere llevar?” Pensativo, el sabio payanés guardó silencio por un rato y en tono menos feliz finalmente respondió: “Es una difícil pregunta, y ya no estoy seguro de poder responder con la claridad de hace algunos años. Toda mi vida he trabajado para España, para los Reyes Católicos, y he querido poner todos mis conocimientos al servicio del imperio español; pero a veces me pregunto, con cierto dolor, a quién pertenecen todas estas montañas, todas estas criaturas y riquezas”.

Asombrado, Salvador Chuquín repitió para sí mismo la pregunta de su amo: “¿De quién son las montañas?” Sin dudarlo, él mismo respondió: “No son de nadie. Son de aquí”. La respuesta inusitada de Chuquín parecía irrefutable, por lo que Caldas dijo: “Salvador, cada vez me doy cuenta de lo mucho que tengo por aprender de usted. Debo confesar que solía pensar que los nativos del Nuevo Mundo, sin religión ni ciencia, no tenían nada que enseñarnos a los cristianos y a los hombres de letras; pero ahora no sólo le quiero agradecer por salvarme la vida

hoy, mi más verdadero agradecimiento está en todo lo que he aprendido de usted... Yo podría enseñarle sobre la verdadera forma de la tierra, a medir una latitud, o a reconocer la cruz del sur en el horizonte; pero sin su compañía me habría perdido en los bosques, no conocería los usos de las plantas medicinales ni las curas contra las mordeduras de serpientes. Sin su amistad no sabría reconocer el valor de las gentes que habitan estas tierras y que las conocen desde mucho antes de la llegada de nuestros padres de España”.

Recostado en el suelo, mirando hacia el cielo y admirando el tamaño de esa enorme palma, ‘el Sabio’ Caldas pensó que había aprendido tanto de su compañero indígena como de todos sus libros y maestros.





LA INDEPENDENCIA CONTADA POR UN MUCHACHO EN BOGOTÁ

Jorge Orlando Melo González

En 1808, Bogotá era una pequeña ciudad, con unos 25,000 habitantes. ¿Qué acontecimientos impresionaban a la gente de la ciudad? Algunas personas que vivían en Bogotá escribieron diarios y contaron su vida. Si leemos esos relatos y los periódicos que salían publicados en la ciudad podemos imaginarnos qué podía ver un niño que hubiera nacido en 1800 y que se estaba haciendo hombre en los años de la Independencia. Supongamos que lo oímos hablar a través del tiempo, usando las palabras que se usaban en esa época. Él tenía ocho años cuando ocurrió el juramento de fidelidad al Rey y 19 cuando vio llegar a Bolívar a Bogotá: debemos imaginarnos que nos habla primero en 1808 y luego en 1809, 1816 y 1819. Escuchemos ahora lo que este niño y joven nos puede contar:

11 DE SEPTIEMBRE DE 1808, OCHO AÑOS. JURA DE FERNANDO VII

“La gente está muy asustada. Dicen que Napoleón Bonaparte, un tirano francés, tiene preso al Rey de España y de la Nueva Granada, y que puede mandar los soldados de Francia a conquistar nuestra tierra. El susto es que si llegan pueden matar a muchos y no respetar la religión. Por eso, toda la gente se reunió hoy para jurar que serían fieles al Rey Fernando VII. En muchas casas pusieron adornos y retratos del Rey y sonaron sin parar las campanas de las iglesias. El regidor, que tenía que leer el juramento, tiró unas monedas desde un tablado de la Plaza, pero eran tan poquitas que los muchachos empezamos a silbarlo. Lo seguimos a las iglesias de Santo Domingo, San Francisco y San Agustín, donde volvió a jurar y a repartir unas moneditas, siempre con mucha avaricia. Cuando el Alcalde tiró a la jura un puñado de monedas, yo pude coger

una. Todavía no sé qué voy a comprar con ella o si se la daré a mi mamá para que compre una gallina —si es que alcanza— y la tengamos en el patio.

Ayer fue más divertido, pues hubo retreta y tiraron muchos voladores. Yo me metí entre el gentío y estuve cerca de los señores del Cabildo. Y después, otro día, hicieron retreta y pusieron velas que formaban palabras que hablaban de ‘el infame Bonaparte’, o mejor, eso me contaron, pues todavía no sé leer”.

NOVIEMBRE DE 1809, NUEVE AÑOS. EL GOBIERNO APRESA A CONSPIRADORES QUE QUIEREN GOBIERNO AUTÓNOMO

“Estoy aprendiendo a leer en la escuela de las Nieves. Nos enseña el doctor Santiago Torres, cura de esa iglesia. Ayer fuimos tres muchachos a ver cómo ponían tejas en la cúpula de la catedral y hoy nos dijeron que habían apresado a dos señores principales. Uno es don Antonio Nariño, al que le tenía algo de miedo porque dijeron que había estado preso por publicar papeles contra el Gobierno. Que dizque querían que mandara el Cabildo o que mandara una junta escogida por la gente principal y no por el Virrey. Y que en una junta que hubo hace meses, los criollos y los españoles habían peleado mucho, porque los de aquí creían que si llegan los franceses, que ahora mandan en España, el Virrey y los oidores van a ponerse a su lado. Mi mamá dice que los comistrajos tienen precios muy subidos y no me quiso comprar alfandoques”.

MAYO DE 1810, 10 AÑOS. UNA REBELIÓN EN LOS LLANOS

“Otra vez hubo alboroto hace unos meses porque dijeron que había soldados franceses en los Llanos. Parece que ya vienen a conquistarnos. La gente salió a las calles y había montones de personas que gritaban. Pero los tales franceses terminaron siendo unos soldados de aquí que se habían rebelado

contra España. Mataron a dos a disparos y trajeron sus cabezas, que colgaron en unos palos, y después las bajaron y enterraron en la capilla de la cárcel. Mi mamá dijo que los habían matado sin confesión y que esa maldad de los chapetones no tenía perdón”.

20 DE JULIO DE 1810, 10 AÑOS. SE ESTABLECE UNA JUNTA INDEPENDIENTE EN BOGOTÁ

“Hoy fue la furrusca. Yo estaba en el atrio de la catedral mirando a los albañiles que están haciendo las torres cuando comenzó una pelea entre un señor Morales y un sastre español, Llorente. Me dijeron que estaba pidiendo prestado un florero para una fiesta que le van a hacer a un señor que viene de España, que Llorente no quiso prestarlo y que dijo que se “cagaba” en los criollos. Antonio y Francisco Morales se le fueron encima, lo apaliaron y casi lo matan, por lo que tuvo que esconderse. Llegó más y más gente que pedía que metieran a Llorente a la cárcel. Todo el día estuvo la plaza llena, y vinieron muchas personas de otros pueblos a caballo y armadas —hasta vi señoras con su buen par de pistolas—.

Luego metieron a la cárcel a unos chapetones muy ilustres, de la Real Audiencia, después de que les tumbaran las puertas de las casas. Por la tarde todos gritaban:



‘¡Queremos junta!’ y ‘¡Cabildo Abierto!’ Al fin, el Virrey dejó que hicieran lo que querían: organizaron una junta que va a gobernar por ahora, mientras Fernando VII esté preso.

Al otro día empezó otro cuento: que venían 300 negros a matar a la gente de aquí para soltar a los presos. Las campanas tocaban, todos corrían y sacaban machetes y arcabuces y gritaban ‘¡traición!’ Pero eran gentes del campo y de los pueblos que venían a decir que les parecía bien lo de la Junta.

En el ‘jaleo’ sacaron al balcón del Cabildo a unos españoles a acusarlos de estar contra la Junta, y lloraban. Los muchachos gritábamos ‘¡Muera!’ o ‘¡Viva!’ por lo que oíamos, pero había mucha confusión.

Cada día había un cuento nuevo y venía más gente. De Choachí, Ubaque y Fómeque vinieron montones de personas, pero las hicieron devolver porque aquí hay ya un regimiento de ‘voluntarios’. Mi hermano grande se metió en él. Otro día empezaron a decir que el Virrey estaba haciendo poner balas a la guardia y fue la batahola: todos recorrían las



calles, sonaron las campanas como si hubiera incendio y decían que había que poner preso al Virrey. Primero lo guardaron en la Contaduría y, como 15 días después, hubo otra furrusca y se formó un tumulto en el que todos, pero sobre todo Chepe Carbonell, gritaban que pusieran al Virrey en la cárcel. Al fin lo llevaron allí y le pusieron grillos. Y sacaron a la Virreina del convento donde estaba y la llevaron al Divorcio por entre el gentío. Las mujeres estaban bravísimas y le gritaban insultos. Mi mamá dice que hasta le rompieron la saya. Pero los principales de la Junta los llevaron al otro día al Palacio y después los mandaron para Cartagena, cuando estaban en una procesión, para que nadie se diera cuenta: tenían miedo de que el pueblo los matara”.

1815 Y 1816, 15 AÑOS. ENTRADA DE MORILLO Y RECONQUISTA ESPAÑOLA

¡Tan contentos que estaban todos cuando echaron al Virrey! Pero hubo muchas peleas entre los criollos, muchos jefes y mandones que se cambiaban cada rato, como don Jorge Tadeo Lozano, don Antonio Nariño y don Camilo Torres, y muchas batallas entre los patriotas. A Santafé la atacaron del Socorro y de todas las provincias, pues no querían que mandaran los santafereños y estaban bravos porque Bogotá había mandado tropas para hacerse obedecer en Mariquita, Tunja y otras partes. Hubo una batalla horrible en San Victorino y otra en Usaquén, con muchos muertos de los ‘carracos’, que eran los que no querían que Bogotá mandara.

En el año de 1814 vino Bolívar y al fin, después de varios días de batalla en los que murieron muchos venezolanos, entró a la ciudad con las tropas que llaman de la ‘Unión’, o del ‘Congreso de las Provincias Unidas’. Primero entraron a Santa Bárbara. Esto se llenó de forasteros del Socorro y Caracas, y muchos eran mulatos o negros.

Vi, en 1815, las últimas fiestas para celebrar los cinco años de la 'transformación'. Entre el 19 y el 24 de julio hubo toros todos los días, misas y muchas comedias. El 20 de julio pude meterme a la del Coliseo: cantó la señora a la que llaman 'la Cebollino'. La comedia contaba lo que pasó en la Conquista. Y al otro día también conseguí el papelito para entrar. Vi a una niña que recitó y a un señor que representó a Antonio Ricaurte, que era granadino y en Venezuela prendió el baúl de pólvora en que estaba sentado para que no lo cogieran los 'godos'.

Pero fue la última fiesta, pues ya los españoles estaban en camino. Aquí hicieron muchas rogativas y novenas en todas las iglesias, que no sirvieron, y la gente estaba muy triste, sobre todo desde que se supo que el general Morillo había vencido a Cartagena. Cuentan que allá la matazón fue grande y al fin los patriotas tuvieron que huir. Aquí comenzó el terror y el desaliento, pues no había muchas armas ni soldados para resistir a los españoles.

El 3 de mayo corrió la chispa de que ya entraban las tropas 'godas'. Era viernes, día de mercado y la plaza se volvió una batahola: la gente corrió y dejó los puestos sin cuidar mientras otros se robaban las cosas. Se supo entonces que el presidente José Fernández Madrid se había ido por la noche. El domingo



llegó el patriota francés Serviez, que estaba en Chocontá y quería enfrentar a los españoles con las tropas, pero el Gobierno no lo dejó, y siguió para los Llanos, por la salida a Cáqueza: se llevó la Virgen de Chiquinquirá, a ver si le ayudaba.

Y el lunes llegaron los españoles. En todas las casas pusieron sábanas y banderas blancas y las mujeres gritaban vivas a Fernando VII. Después devolvieron la Virgen, que los españoles le quitaron a Serviez en Chipaque. Y a los pocos días comenzó el gran susto: arcabucieron a don Antonio Villavicencio en la salida de San Victorino, por la Alameda, y pusieron a muchos en las cárceles. Después llegó Morillo y empezaron a apresar a los patriotas y arcabucearlos, decapitarlos y ahorcarlos, casi todos los días, en la Huerta de Jaime y en la Plazuela de San Victorino. Allá nos íbamos los muchachos a ver, casi todos los días, desde julio a diciembre, y después de vez en cuando, muy tristes, pero no nos aguantábamos las ganas de ver lo que pasaba.

Yo quería irme con Serviez y Santander para los Llanos, pero no me dejaron, dizque porque tengo apenas 15 años. Pero esa no era la razón, pues se fueron muchos chinos como yo. Pero ellos habían entrado a la milicia desde hacía meses y sabían ya todo lo de ser soldado. Mi hermano sí se pudo ir y no supimos nada de él por tres años, pero volvió con el ejército que ganó la Batalla de Bogotá.

Me perdí entonces la Guerra de los Llanos, pero ya todos estábamos a favor de la Independencia debido a las crueldades de los españoles. Y por eso no he tenido días más felices que el 8 de agosto de 1819, cuando se supo en Bogotá que las tropas de Simón Bolívar habían derrotado a los españoles, y el día siguiente, cuando llegó a la capital, que desde entonces es la capital de una nación independiente”.





HISTORIAS DE CARTAGENA DURANTE LA INDEPENDENCIA

Adelaida Sourdis Nájera

En el año de 1810, Colombia —que en ese momento se llamaba Nueva Granada— se independizó de España. Pero este proceso sólo culminó después de numerosas guerras, pues la metrópoli, que no estaba dispuesta a perder las colonias de América, había enviado un gran ejército y muchos barcos para reconquistar las tierras que consideraba suyas.

En la Nueva Granada había una ciudad muy importante llamada Cartagena de Indias. Situada a orillas del inmenso mar Caribe, estaba rodeada de altas murallas y castillos de piedra que habían sido construidos mucho tiempo antes para defenderla de piratas y de enemigos que codiciaban las riquezas que desde allí se enviaban a Europa. A su puerto llegaban flotas de muchos barcos procedentes de España —al parecer llegaron a sumar 40—, que descargaban mercancías y que luego zarpaban con cargamentos de oro y plata. Cartagena era la Capital de una extensa provincia que llevaba el mismo nombre y cuyo territorio comprendía selvas impenetrables, caudalosos ríos, ciénagas, sabanas y playas que bordeaban el mar. Es allí donde ocurre nuestra historia, la de las gentes de la urbe y de los pueblos que durante las Guerras de Independencia lucharon con arrojo y valentía, aun cuando tuvieron que enfrentar el desplazamiento y la destrucción de sus hogares. Tal fue el caso de la familia Tatis.

Manuel José Tatis pertenecía a una antigua familia de origen español. Estaba casado con una señora llamada María Josefa Ahumada, con quien había

tenido cuatro niños, el mayor de apenas siete años. Aunque ambos habían nacido en la ciudad de las altas murallas, se habían ido a vivir a Sabanalarga, localidad que quedaba a dos o tres días de viaje a caballo y que albergaba una rica hacienda ganadera de su propiedad. En esa época el caballo era el principal medio de transporte, pues era capaz de resistir largas jornadas a través de selvas y malos caminos.



Cuando empezó la Independencia, Manuel José se comprometió con el movimiento. Como era uno de los hombres más ricos del pueblo, le ofreció su fortuna, su crédito personal y hasta sus ganados a la Revolución. Fue nombrado tesorero del ejército, por lo que se trasladó a Cartagena mientras su esposa y los niños permanecieron en la hacienda.

Cuando los ejércitos reales —es decir, los que seguían apoyando al Rey— invadieron la Provincia, las tropas de los patriotas cartageneros, inferiores en número y armamento, no pudieron detenerlos. La guerra dejaba destrucción por todas partes, pues los pueblos y las haciendas eran quemados y los cultivos y ganados arrasados. Algunos se escondieron en los montes, a merced de fieras, culebras venenosas y enjambres de mosquitos que picaban sin compasión, mientras que muchos cartageneros se encerraron dentro de

las murallas de su ciudad con la poca comida y agua que tenían: no estaban dispuestos a rendirse. Manuel José fue uno de ellos.

Para mediados de 1815, la ciudad estaba rodeada por mar y tierra por las naves y las tropas del Rey. A esta encrucijada, que duró muchos meses, se la conoce como el “Sitio de Cartagena”. Los cartageneros resistieron con valor mientras les duraron los alimentos. La harina, la yuca, el plátano y el maíz no se conseguían, mucho menos el vino o el aguardiente. Los sufridos habitantes tuvieron que comer cosas que nunca imaginaron: los cueros que se empleaban para fabricar los asientos, los baúles y hasta los zapatos se convirtieron en apetitosos bocados. El tiempo pasó y empezaron a morir de hambre y de enfermedades. Algunos burlaron el sitio de la Marina Real y huyeron en buques de corsarios, pero luego naufragaron o fueron abandonados en playas desiertas por sus terribles capitanes. El 6 de diciembre de 1815, cuando los realistas finalmente entraron a Cartagena tras 106 días de asedio, la encontraron convertida en ruinas.

Mientras tanto, los demás miembros de la familia Tatis habían sufrido terribles penalidades, pues los realistas confiscaron las propiedades de Sabanalarga y destruyeron su hacienda. La señora Tatis tuvo



que huir con sus cuatro pequeños y otras familias de patriotas para refugiarse en una finca situada cerca del pueblo de Usiacurí, un sitio conocido por unas aguas termales que se decía eran muy buenas para la salud. El escondite les duró poco, pues las tropas enemigas los persiguieron hasta allí. Mientras que los hombres se ocultaron en los montes, las mujeres y los niños hicieron lo propio en la casa, donde finalmente fueron hallados. Un oficial obligó a doña María Josefa a entregarle las llaves de los baúles donde guardaba las pocas cosas que había logrado salvar. Tras tomar las pertenencias, los soldados se retiraron. Los desplazados buscaron entonces un refugio más seguro en la posada de Usiacurí, pero allí encontraron a otros soldados enemigos que también los amenazaron. Afortunadamente, el Alcalde logró que el jefe realista detuviera los desmanes y la desventurada familia se salvó de la carnicería.

Desamparada y empobrecida, la señora Tatis regresó a Sabanalarga, donde alquiló una casita de paja y bahareque, como eran las del pueblo, y se instaló con sus niños. Como las privaciones que enfrentaron fueron numerosas, el hijo más pequeño, de año y medio, enfermó gravemente y murió. Pero por el hecho de ser hijo de un revolucionario, las autoridades no permitieron que fuera enterrado en la población. Por fortuna, el cura de Sabanalarga recurrió a su amigo, el párroco de Usiacurí, para darle al cuerpo del niño un lugar de descanso en su iglesia. En una mañana triste, al despuntar el Sol, salió el cortejo fúnebre —seguramente montado en burros, pues los caballos y las mulas habían sido incautados por el ejército— para darle sepultura al niño.



Posteriormente, la señora se trasladó a Cartagena con sus demás hijos para buscar a su marido. Allí lo encontró en la cárcel, de modo que tuvo que tomar una casa en la calle de la Soledad para visitarlo y llevarle las ropas y todos los alimentos que pudiera conseguir. Pero todo se complicó cuando Manuel José, que era un hombre intrépido, burló a sus carceleros, escapó y se escondió en la selva, donde fue aprehendido nuevamente. Esta ofensa le mereció una condena a prisión perpetua lejos de Cartagena, al otro lado del mar, en la guarnición de Ceuta, en el norte de África. Encadenado y seguro de que no volvería a ver a su familia ni a su patria, Manuel José salió de prisión junto con otros compañeros rumbo al barco que los llevaría al otro lado del mundo.

Pero Tatis no era hombre que se daba por vencido fácilmente.

Haciendo acopio de valor, aprovechó un descuido de los guardias y escapó de nuevo, ésta vez con éxito. Tras permanecer escondido en las selvas durante tres años, se unió al ejército enviado por Simón Bolívar para liberar a Cartagena, el cual finalmente expulsó a las tropas españolas de nuestro país el 10 de octubre de 1821. Por su valor y sus servicios a la patria, Manuel José Tatis recibió una condecoración con el escudo y un busto de Bolívar. Terminada la guerra, regresó a Sabanalarga con su esposa María Josefa y el resto de su familia a reconstruir su hogar.





UN NIÑO DE LA INDEPENDENCIA

María del Pilar López Arismendy

Mucho se han concentrado los historiadores y profesores en contar las gestas de los virtuosos hombres, las grandes batallas y las espectaculares proezas. Sin embargo, pocos le han prestado atención a lo que sucedía en los hogares y en las escuelas, a que esos grandes hombres alguna vez fueron niños y a que su heroísmo se inició en el zaguán de la casa, en el patio de un colegio o en los corredores de sus pequeñas ciudades.

Ésta es la historia de José Manuel, un niño que nació en la navidad de 1800. Su familia pertenecía a la clase criolla ilustrada que se vinculó a la causa de la Independencia y que defendía los ideales de Antonio Nariño. Su niñez y primera juventud transcurrieron en los agitados años de la Independencia y la Reconquista española. Vivía en Santafé, ahora Bogotá, una ciudad con no más de 40,000 habitantes cuyas calles y cuadras eran tan pequeñas que se podían recorrer completas en un solo día. Las casas eran grandes, con balcones macizos y patios empedrados donde solían permanecer los niños.

Aunque no era la primera vez que lo escuchaba, José Manuel volvía a asustarse con el relato de Careperro, un perro sin cabeza que la gente creía que era el demonio. Su nodriza Josefina, una esclava grande y cariñosa que le pertenecía a su padre, le contaba éstas y otras historias de brujas, mohanes, duendes o aparecidos como la patasola o la mula herrada, en la que cabalgaba el demonio en la oscuridad de las noches y cuyos cascos resonaban contra el piso para estremecer de miedo a las mujeres en sus cuartos. Pero José Manuel sabía que Pepa, como llamaba tiernamente a su nodriza, no quería asustarlo sino entretenerlo.

Por eso ese día, como otros tantos, se emocionaba en el solar de su casa, con los cuentos que narraba la criada y esperaba con ansias las anécdotas curiosas de Pedro Urdemalas, un personaje folclórico de la literatura española creado hacia el siglo XII. Aunque ya había sido usado por varios autores del Siglo de oro español, sobre todo por Antonio de Nebrija en el siglo XV y por Miguel de Cervantes Saavedra en el XVI a propósito de repertorios de dichos populares y refranes, o para destacar las travesuras y picardías de los hombres, Pepa y su madre intentaban enseñarle a José Manuel a no ser como Pedro. Sin embargo, a veces terminaba siéndolo involuntariamente.

José Manuel nació cuando apenas comenzaba el siglo XIX. Era uno de los pocos niños de su época que tenía el privilegio de asistir a un colegio. En ese entonces, pocas personas sabían leer y escribir y las instrucciones que recibían se las brindaban los padres o personas particulares en las casas, mas no en las escuelas. Su colegio, como todos los de la época, pertenecía a una comunidad religiosa, fuera jesuita, benedictina o agustina, que, además de alfabetizarlo, le enseñaba la doctrina cristiana, los principios de la aritmética y algunas lecciones de historia y geografía.

Para ir a la escuela, José Manuel incluía en la maleta la Gramática griega, el Nebrija, las Platiquillas, el Masústegui y el Arte explicado —que eran las cartillas con las que sus profesores le enseñaban—, un tintero, papel y pluma, pero también un tacón para jugar la golosa, unas bolas, un trompo y alguna ensaladilla o caricatura de alguno de sus compañeros o profesores. Pero estos juguetes tenía que esconderlos con sumo cuidado. Algunas veces debía llevarlos en los bolsillos de la chaqueta o de los pantalones, en el capote, en los forros del sombrero o entre el escapulario, porque si los directores los

encontraban, podían reprimirlo. Eso fue lo que le ocurrió a David, un amigo suyo que intentó evitar el castigo por llevar juguetes al colegio comiéndose un triquitraque con pólvora —a riesgo de que explotara—: un conserje lo pilló en el acto y lo amonestó con la férula, una tabla pequeña, redonda y con unos huecos o nudos con la que los maestros castigaban a sus alumnos.

Mientras esperaba la llegada del maestro, José Manuel se reunía con sus compañeros en el zaguán del colegio: allí jugaban a los dados o al naípe,





al tute o al pasediez, en el que perdía el jugador cuyos dados pasaban de los 10 puntos; al pite, la rayuela o el hoyuelo, un juego en el que se insertan monedas o bolitas en un hoyo pequeño en la tierra tirándolas desde determinada distancia. Aunque eran más las pérdidas que las ganancias que le dejaban estos juegos, siempre le emocionaba apostar, pues albergaba la esperanza de tener algún real de más para gastos imprevistos.

Pero a José Manuel los días de colegio que más le gustaban eran los jueves, porque sólo había una hora de estudio y otra de clase y el resto del día estaba por fuera. ¡Al río!, era el mandato general de sus compañeros. José Manuel siempre recordaba con alegría la primera vez que se pudo sostener sobre el agua nadando como un perro y flotando con la corriente. Por eso los días que transcurrían en el colegio sin poder ir al río se le hacían eternos.

Cuando no estaba estudiando también se divertía recorriendo los caminos cubiertos de malezas, en donde provocaba a los sapos y les tiraba piedras; en la zanja en donde pescaba guapuchas, unos pescados pequeños de color plateado con tonos pardos y rojizos, que eran comunes en el altiplano cundiboyacense y que, al igual que el maíz y la quinua, eran parte de la dieta de los muiscas; en los sauces donde avistaba los nidos, o en el llano, montado en un ternero. Por ejemplo, uno de sus juegos favoritos era ponerse en fuga cuando los abejones lo perseguían tras hurgar la colmena para extraer la miel.

José Manuel tenía bastante agilidad y una cabeza suficientemente fuerte como para trepar por los cercados, los altos murallones y los campanarios arruinados sin desvanecerse nunca. Igual, le encantaba hacer maromas en los columpios y en la cuerda tesa. Una vez logró saltar de un alto balcón a la calle y en más de una ocasión se arrojó de cabeza en los pozos profundos. También asustaba a los pajarillos que construían sus nidos en los árboles del huerto de su casa y los sacaba volando.

Algunas veces, por sus actitudes traviesas y pícaras, José Manuel se asemejaba a los “chinos” o niños huérfanos, mendigos en la calle, quienes

buenamente se destacaban por sus movimientos inquietos, sus palabras atrevidas y sus dichos célebres; también conocía todas las ensaladillas, retenía todos los versos, silbaba toda la música que oía y no se perdía un epigrama ni un cuento popular.

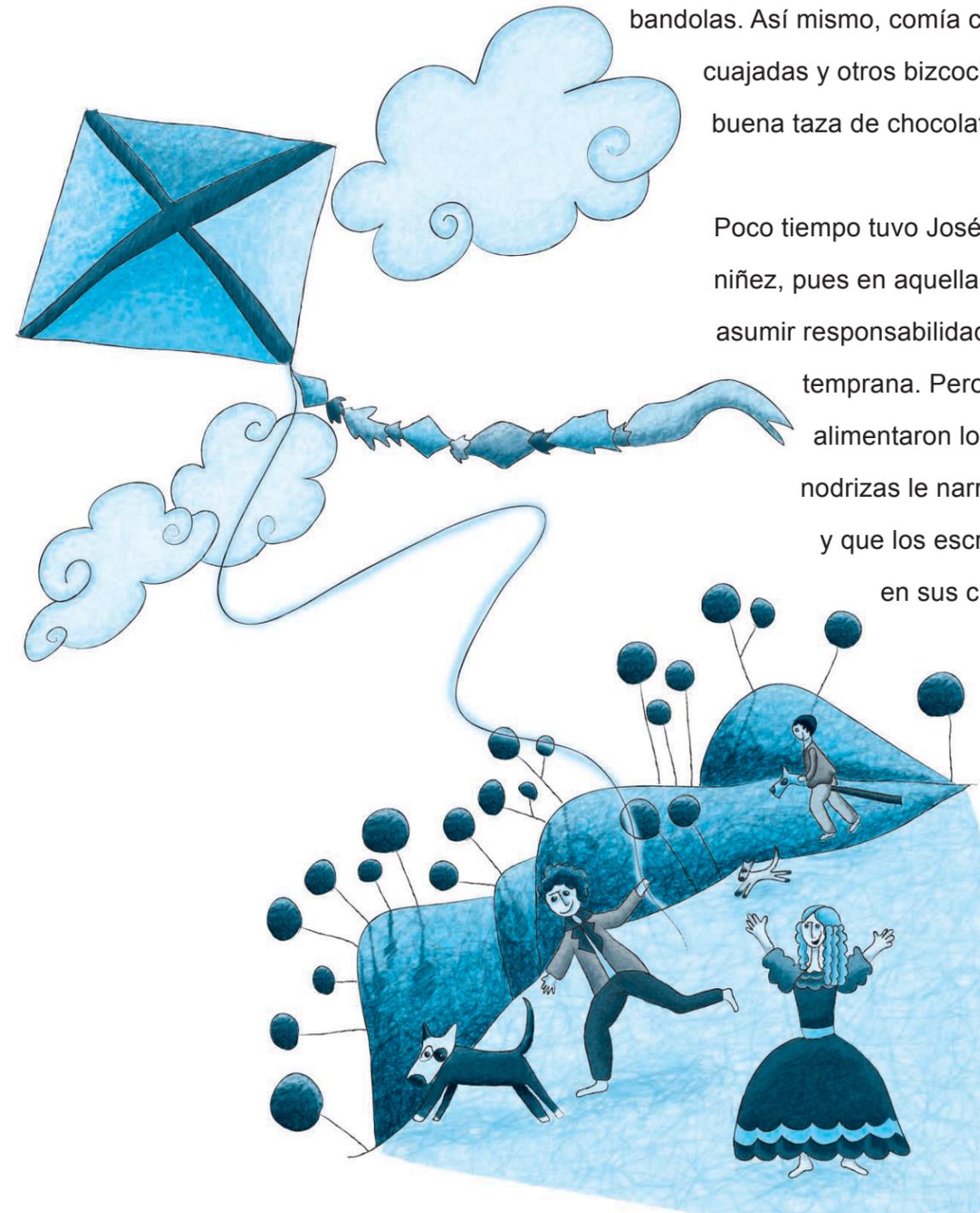
José Manuel se deleitaba creando ruidos extraños con su tamboril, cabalgando raudo y veloz en un caballo de palo, que venía forrado en los más diversos paños y podía llegar a costar un real. Con él jugaba a las carreras o a ser un torero como aquellos que veía en las fiestas cotidianas de su ciudad.

Pero, sin duda, su juguete preferido era una cometa hecha y derecha que él mismo había construido. Y no era la primera: ya antes había creado una versión miniatura con un papel a la medida de su mano, con un armazón a base de cera y con una cola y una cuerda hechas de una tira de trapo y de un hilo. Pero su última cometa era mucho mejor. Tres cañizos, secos, poco nudosos y bien rectos, sacados de una casa que un vecino estaba construyendo, fueron su armazón. La cuerda se la llevó de una casa donde la usaban para colgar la ropa y asolear la carne fresca. El papel lo consiguió raptándole a un tío suyo todo un número de un periódico al cual era aficionado y que coleccionaba con especial aprecio. De otra parte, el trapo lo adquirió haciendo un trueque con un negro aprendiz de sastre: José Manuel le daría durante una semana el pan de su chocolate y éste lo dejaría entrar al taller donde trabajaba para recoger los retazos de diversos colores con los que luego armaría la cola. El resultado fue que su cometa volaba como ninguna otra: José Manuel era feliz correteándola los domingos al lado de sus hermanos y amigos, evitando que se enredara entre los tejados y los cerezos.

Había otros días en que José Manuel era más tranquilo y apacible, sobre todo cuando se celebraban las fiestas religiosas: el Corpus Christi, la fiesta de San Juan, San Pedro, los Reyes, la Semana Santa, la fiesta de la Cruz, la Nochebuena y la pascua de Navidad. En estos días se dedicaba a rezar con sus padres y a hacer novenarios, pero también a disfrutar de las comparsas con sus sainetes y matachines y de los cantos y bailes al son de tiples y

bandolas. Así mismo, comía colaciones, dulces de panela, cuajadas y otros bizcochos acompañados con una buena taza de chocolate.

Poco tiempo tuvo José Manuel para disfrutar su niñez, pues en aquella época los niños tenían que asumir responsabilidades de adultos a una edad temprana. Pero sus anécdotas infantiles alimentaron los relatos que las esclavas nodrizas le narraron a los niños de entonces y que los escritores de costumbres contaron en sus cuadros.





HISTORIA DE UN RUMOR EN TIEMPOS DE LA INDEPENDENCIA

May Xue Ospina Posse

A las cuatro y media de la madrugada del 12 de noviembre del año de 1811, Tomasa la mula despertó de un sobresalto. Afuera del establo había un alboroto tremendo. En la profunda oscuridad de la noche de Mahates, un pequeño poblado ubicado en la ruta que conectaba la ciudad de Cartagena con el río Magdalena, hombres y mujeres discutían en tono preocupado y encendían algunas antorchas para ver mejor. Apenas dos horas antes, el correo había pasado cabalgando por aquellas tierras rumbo a Calamar y había dejado al dueño de la posada encargado de entregarle al cura del pueblo un comunicado oficial del Cabildo de Cartagena.

Las instrucciones indicaban que debía ser leído “por bando”, es decir, en voz alta, y luego expuesto de manera permanente en un lugar público, a la vista de todos. El correo intercambió algunas palabras con el posadero y, tras darle de beber a su caballo, continuó su carrera hacia la ciudad de Santafé, haciendo rápidas paradas en todos los poblados de la ruta para entregar a sus habitantes el mismo papel que había dejado aquella noche en Mahates, Ternera, Arjona y Turbaco. Con suerte, tardaría cerca de unas tres o cuatro semanas, si no más, en alcanzar su destino final, y otro tanto en regresar al punto de partida.

Tomasa la mula levantó sus inmensas orejas triangulares y se quedó en silencio, esperando de esta forma entender algo de lo pasaba afuera. Con el paso de los minutos, más y más gente iba llegando a la posada de don

Joaco, donde se amontonaba en torno a las brasas del fogón que se había preparado para alistar el desayuno. Como Mahates era un poblado de no más de 60 casas, en pocos instantes el extenso solar sobre el que quedaba la estancia estaba lleno de vecinos convocados por la curiosidad que provocaba el misterioso papel. El volumen de las voces iba en aumento.

Tomasa empezó a entender algunas palabras que iban y venían. Por lo poco que había dicho el correo —es decir, el señor que había traído el comunicado escrito— parecía que algo grande había pasado en Cartagena, algo que no tenía precedente en la historia: un ejército armado de negros, zambos, pardos, mestizos y mulatos había asaltado la tarde anterior las instalaciones del Cabildo, donde el gobierno de la ciudad se encontraba tomando decisiones importantes acerca del futuro de la Provincia.

Entre carcajadas generosas y expresiones de incertidumbre y preocupación, hombres y mujeres comentaban animadamente el suceso, mientras esperaban noticias del hijo de la señora Juana. Lo habían mandado buscar para que les leyera a todos el texto impreso que reposaba sobre el mesón de la cocina, pues el cura se encontraba ausente y no había nadie más en el pueblo, ni siquiera el propio posadero, que supiera de letras, es decir, que supiera leer y escribir. Pero a Tomasa la mula nada de esto le pareció interesante y, como era muy temprano aún, cerró los ojos de nuevo y trató de dormir otro rato. Al fin y al cabo era una mula, y a las mulas poco o nada les importan los asuntos de la gente.

Poco tiempo después, un bullicio repentino la despertó del sopor de la hirviente mañana. La esposa de don Joaco había entrado en estado de

histeria. Como si se tratara del fin del mundo, revolvió la casa yendo de aquí para allá y en un instante estaba lista para subir sus bultos a las mulas y dejar para siempre el pueblo que la había visto nacer. El mozo del establo, entre confundido y asustado por los gritos de la señora María Luisa, tuvo que preparar los animales con presteza, mientras ella le advertía a su marido que no se iba a quedar esperando la furia de su majestad, el Rey Fernando VII, que seguramente ya habría tomado un barco en España con rumbo a estas tierras olvidadas para recobrar su reino perdido y vengarse de todos los traidores. Y además, como si fuera poco, desde hace días se decía que en los alrededores de Cartagena una esclava había dado puñaladas de muerte a su amo en nombre de la libertad, que el espíritu de un indio chimila, caído en tiempos de la Conquista a manos de un sangriento español, andaba suelto en el monte descabezando blancos, y que lo habían visto rondando por las cercanías de Turbaco. Muy seguramente también venía en camino.



Allá todos los que no quisieran creerlo, la señora María Luisa lo creía, y así como ella otras cinco mujeres del pueblo se apretujaron con equipaje, niños, gallinas y hasta un cerdo, en las únicas tres carretas que había en el lugar y se fueron con ánimos de nunca volver. En el éxodo de bestias, sólo quedaron en Mahates Tomasa la mula y una yegua que ya estaba muy vieja y que sólo servía para hacer los mandados de corta distancia. Por tal razón, si a alguien más le hubiera dado por huir, muy probablemente habría tenido que hacerlo a pie. Tomasa se sintió agradecida de no haber sido elegida para realizar aquel viaje de incierto destino, y tampoco le molestaba mucho la idea de quedarse a esperar al indio chimila o ser alcanzada por la furia del Rey. Verdaderamente aquella mañana hacía demasiado calor.

Al tiempo que Mahates rayaba en la locura y esperaba la aparición del hijo de la señora Juana —que sabría el diablo dónde se habría metido, justo en circunstancias tan especiales como aquellas— don Joaco, el posadero, pidió a todos mantener la calma. ¿Cómo, preguntó en voz alta, se había llegado a la conclusión prematura de que Fernando VII habría de cruzar el océano para venir a apagar una riña de locales? Por otro lado, de ser eso cierto, tardaría al menos un mes en desembarcar acá, lo que hacía totalmente innecesario salir corriendo del pueblo como animales asustados;



que si había negros enloquecidos matando gente por ahí, esas no eran cosas del día sino de toda la vida, y eso que no quería entrar en detalle con relación a los cuentos de espanto.

Ciertamente, dijo el posadero, no era necesario llegar tan lejos con la imaginación. Muy seguramente los contenidos de aquella comunicación oficial no eran tan misteriosos como se pensaba: para nadie era un secreto que el cura del pueblo se andaba de malas con el gobierno de Cartagena por sus simpatías con los hermanos Gutiérrez de Piñeres, oriundos de Mompox. Casi con certeza, y en ello no parecía que don Joaco tuviera duda alguna, lo que contenía el tal papel era la destitución oficial del cura y el nombramiento de una nueva autoridad en el pueblo. Tal vez, y por qué no, un alcalde o dos. Aunque

todos lo sabían, en Mahates no había más de un individuo capacitado para representar los intereses de sus habitantes, y ese no era otro que quien les hablaba: don Joaco, el dueño de La Posada de la Bella Vista, a quien el pueblo le debía, en inmensa medida, su grado de desarrollo, pues las comodidades que aquella estancia le prestaba a los viajeros habían hecho de Mahates un lugar famoso en todo el territorio de la Nueva Granada y, por qué no decirlo, en el mundo civilizado. ¿O



acaso no pasaban por allí caballeros de todas las nacionalidades?

Por eso, lo que había que hacer ahora, dado que el único lector habilitado del pueblo no daba señales de vida —continuó diciendo el posadero— era conseguir un intérprete de esas letras para salir de una buena vez de dudas y saber qué era lo que decía el feliz papelito.

Para ir a la fija, lo mejor sería cruzar el canal del dique y llegar andando hasta Mompox de Loba, pues corrían rumores de que en aquella ciudad existía una imprentilla de mano que había publicado algunos pasquines y

hojas sueltas en los últimos meses. Y donde había imprenta era mucho más probable encontrar más de dos individuos con conocimientos en la ciencia de leer. Ningún otro poblado cercano, salvo el puerto de Cartagena de Indias o Mompox, contaba entonces con el privilegio de tener una máquina tan sofisticada como una imprenta.

A las cuatro y veinticinco de esa tarde calurosa de noviembre partió Tomasa la mula, la única bestia de alguna utilidad que quedaba en el poblado de Mahates, con un delgado muchacho de 13 años sobre su lomo pelado. Iban en busca de alguien que supiera leer. Sin embargo, al cruzar el canal del dique, una fuerte lluvia los hizo perder el rumbo, y tardaron mucho tiempo en encontrar el camino de vuelta.

Sobre la mesa de la cocina del posadero, entretanto, aquel inmóvil papel guardaba silencio. Los habitantes de Mahates lo miraban con impotencia, como si un extraño e inaccesible poder se desprendiera de los tipos de tinta negra que formaban sus líneas. Como ni Tomasa la mula y su joven acompañante, ni el hijo de la Señora Juana llegaron a tiempo, aquellas buenas gentes tuvieron que esperar durante casi tres días al cura para que, finalmente, les leyera el contenido del texto. Era la copia impresa del acta firmada la tarde del 11 de noviembre por la Junta Suprema de Gobierno en la ciudad de Cartagena. En ella se decía que la ciudad declaraba su Independencia absoluta de España y desconocía en adelante la autoridad suprema del Rey. Ninguno de los pobladores del pequeño pueblo de Mahates comprendió muy bien lo que ello significaba, pero en su corazón, todos, hasta la vieja mula Tomasa, supieron que algo había cambiado para siempre.

LA HISTORIA DESCONOCIDA DE MELCHORA NIETO: UNA PATRIOTA VALIENTE

Martha Lux Martelo

Cuando oímos o leemos sobre la Independencia casi siempre nos encontramos con historias que nos narran batallas y acciones de hombres valerosos, que lucharon y dieron sus vidas para hacer de la Nueva Granada un país libre. Aquellas historias de héroes han llenado de orgullo a muchas generaciones, pero ésta que vamos a contar narra otros hechos de esa misma historia: los de las mujeres que vivieron aquellos difíciles momentos, mujeres valerosas que hicieron cuanto pudieron para garantizar el bienestar de sus familias y de su patria.

Puesto que un buen número de los hombres adultos de cada familia iba al ejército, las mujeres, las hijas y los hijos pequeños se quedaban en sus hogares esperando el regreso de los padres, esposos, hijos y novios. Sin embargo, debido a las guerras, muchos de estos hombres eran capturados, heridos en las batallas o, en el peor de los casos, perdían la vida como triste resultado de lo que estaba sucediendo. Por su parte, las familias se empobrecían y enfrentaban situaciones que obligaban a las madres a hacerse cargo de las necesidades de sus parientes.

Muchas de ellas trabajaban para ganarse la vida: cosían, bordaban, tejían medias y guantes, eran tenderas, panaderas, molían el maíz, atendían misceláneas y chicherías, repartían el agua a las casas —oficio que les merecía el nombre de “aguateras”—, vendían mercancía en las plazas de mercado y algunas eran conocidas como comerciantes, pues compraban y vendían diferentes productos. Pero las mujeres también participaron en los acontecimientos de la Nación: acompañaban a los ejércitos, cocinaban, curaban a los heridos, preparaban las armas, organizaban las municiones,



espiaban y reclutaban gente para los ejércitos y para las guerrillas patriotas. Llegaron, incluso, a militar en sus filas.

Y aunque serían muchas las historias de estas mujeres, les contaremos unas no muy conocidas: las de Melchora Nieto y Francisca Guerra, dos mujeres valerosas que estuvieron en Santafé el 20 de julio de 1810.

Melchora era una joven mujer cuyo esposo, Domingo Pinzón, había muerto recientemente. Ella vivía en la ciudad con sus dos hijos: el mayor, llamado Diego, tenía siete años y la menor, Vicenta, tres. Melchora, que era criolla —es decir, hija de padres de origen español—, trabajaba para cubrir sus necesidades y las de sus dos pequeños hijos. Ella tenía un almacén en la Capital, en la Calle Real, muy cerca de donde quedaba el famoso almacén del español Llorente. Melchora era una reconocida patriota, como solía repetírsele a sus amigos y conocidos.

Al igual que Melchora, Francisca Guerra era propietaria de una pulpería —que era una tienda— en el centro de la ciudad, pero no pertenecía a la clase alta, sino que se la reconocía como una mujer del pueblo. De ella cuentan que vivía en el barrio Belén de la Capital y que era muy querida entre sus vecinos porque era bondadosa y amable con los más pobres. Pero también decían que podía ser muy enérgica y comprometida cuando era necesario. Señalaban que era “alta, robusta y coloradota” y que se mantenía atenta a todas las novedades de la ciudad. Como Melchora era una patriota convencida, y como se rumoraba que escondía armas para los ejércitos de Bolívar, varias veces los españoles fueron a su casa a llevársela presa.



Ambas mujeres vivieron en una época en la que las familias eran de orden patriarcal. Esto significa que las mujeres y los hijos dependían del papá, del esposo o de un hermano. Sin embargo, las mujeres de las ciudades poco a poco comenzaron a organizar reuniones que se suponía eran de lectura, pero que se convirtieron en espacios importantes para discutir planes revolucionarios. De otro lado, las reuniones en las chicherías o los encuentros en la Plaza Mayor les permitían a las mujeres de los pueblos enterarse de todo cuanto ocurría en el país.

Fue en aquella Plaza, escenario de todas las actividades clave de la ciudad, donde se reunió el pueblo el 20 de julio de 1810 para oponerse a las autoridades del Virrey y del Gobernador. Como era viernes, día de mercado, la Plaza se encontraba llena de mujeres que estaban comprando los alimentos de la semana. También había indígenas de diferentes pueblos de la sabana de Bogotá que se aprestaban a vender sus productos.

Cuando el ejército se disponía a sacar los cañones a la Plaza, donde se estaba reuniendo el pueblo, Melchora y Francisca encabezaron la muchedumbre que corrió para impedirlo. Dicen los testigos, que iban acompañadas de sus vecinas las chicheras y del resto de las mujeres que salieron a las calles, unas pocas armadas con pistolas, algunas con cuchillos y navajas, y otras con piedras de los arroyos, pero todas gritando: “¡Nosotras las mujeres marchemos adelante, para que los hombres que nos sigan se apoderen de la artillería y liberen la patria!”.

El grupo que atacó el cuerpo de caballería estaba dirigido por Francisca Guerra. Cuentan que esta valiente mujer logró entrar al cuartel en compañía del resto de mujeres; al parecer, ella y todas sus compañeras avanzaban con tal convicción, que cuando los hombres intentaron hacerlas a un lado durante



los acontecimientos, una de ellas preguntó airada: “¿Creen que la piedra que yo lance no tendrá tanto efecto como sus golpes?” Tras aquella jornada, los soldados patriotas solían bromear diciendo que cuando tenían que esconderse, “los más bravos se alojaban en Belén, donde la Pacha Guerra”.

Entre las mujeres que ayudaron a Melchora y a Francisca estuvieron Josefa Baraya —desterrada años después por Pablo Morillo—, Eusebia

Caycedo, Andrea Ricaurte —ella misma escribió sobre la Independencia y sobre Policarpa Salavarrieta, conocida como ‘la Pola’—, Gabriela Barriga y Juana Petronila Nava. Ellas no solamente alentaban al pueblo para que se mantuviera permanentemente en estado de alerta y de

acción, sino que mandaron correos a otras partes del país para que allá también se hiciera la revolución. Unas de estas mujeres eran criollas de reconocidas familias como Melchora, pero otras, como Francisca, eran mujeres del pueblo.

Pasados aquellos primeros días de revueltas, las dos mujeres siguieron vinculadas con las luchas políticas. De hecho, a comienzos de 1813, cuando los ejércitos federalistas llegaron a Bogotá de la mano del teniente Baraya para quebrantar el control de los centralistas, las mujeres, entre las que se encontraban Melchora y Francisca, salieron nuevamente a las calles, esta vez en defensa del presidente Nariño y de la causa centralista, y llevando cuchillos le quitaron las armas a los

soldados federalistas a la fuerza y ayudaron a hacerlos prisioneros. Ese mismo día se apoderaron de varias cajas de armamento provenientes de La Estancia y del Cuartel de Milicias, dependencias que quedaban en la Plaza Mayor.

Tres años después, en 1816, el General Pablo Morillo desterró a Melchora, junto con otras mujeres de Bogotá, a la población de Tabio en castigo por sus acciones. Cuentan que llegó allá en compañía de sus dos hijos. Ese mismo año, Francisca también fue desterrada junto con su familia a la población de Ubaté, donde la mantuvieron vigilada. De Melchora sabemos que pasados varios años partió hacia la Provincia de Antioquia, pero que finalmente regresó a Bogotá.

Se dice que Diego Pinzón Nieto, el hijo de Melchora, siendo ya un hombre, se hizo militar y sirvió valerosamente en los ejércitos nacionales. Por su parte, su hija Vicenta se casó con un coronel de los ejércitos patriotas y continuó con el negocio de la familia. Ambos hijos fueron cercanos a su madre, quien al parecer pudo recuperar las propiedades que le pertenecían y que le habían quitado durante los años del destierro.

En las Guerras de Independencia participaron muchas mujeres que, como Melchora y Francisca, no son recordadas como heroínas, pero que jugaron un papel importante en ellas: aquellas mujeres dejaron una huella de valor y de decisión, tanto para quienes las conocieron cuando vivieron, como para quienes hemos conocido su historia.





LA COLOMBIA QUE YO CONOCÍ

Pablo Rodríguez Jiménez

Para Nicolás

Así debió haberse llamado el libro que el coronel inglés John Hamilton escribió a su regreso de un largo viaje por Colombia, recién terminadas las batallas de la Independencia de España. Pero no, él prefirió titularlo *Viaje por el interior de las provincias de Colombia*, para así guardar el recuerdo de todas las sorpresas que empezó a vivir desde que salió de Londres la mañana del 27 de octubre de 1823.

El coronel Hamilton viajaba como emisario del gobierno británico para determinar si este territorio era rico y si el nuevo gobierno daba garantías para que las empresas inglesas invirtieran en él. Pero desde que llegó a Santa Marta empezó a descubrir un país que, aunque había pasado por una guerra sangrienta, comenzaba a recuperar el ritmo de sus actividades. En el puerto vio muchos negros que descargaban mercancías de barcos ingleses y más adelante se encontró con la algarabía de vendedoras que ofrecían pescado frito, frutas y dulces de coco. Cerca se encontraba Cartagena, el puerto al que desde los tiempos de la conquista habían traído muchos esclavos de África; a muchos los llevaban a trabajar en las minas de oro y a otros los dejaban en la ciudad.

En el corto tiempo que el Coronel estuvo en Santa Marta tuvo oportunidad de escuchar relatos sobre las sangrientas batallas que los patriotas y los españoles libraron por hacerse al control de la ciudad. Fue por ello que visitó algunos de los fuertes que la habían defendido de piratas y filibusteros. Y con gusto aceptó la invitación que el gobernador de la provincia le hizo a su magnífica casa,

donde fue recibido por sirvientes elegantemente vestidos y de culto hablar. Allí disfrutó los jugos de aguas frescas y reparó en el colorido de los platos que disponían en la mesa: en el comedor le sirvieron variedades de peces y mariscos y una que otra presa de cerdo, acompañados de plátano y ñame frito. Luego, el Coronel fue invitado a pasar a un salón, donde compartió una grata conversación mientras una de las hijas de la casa tocaba un vals en un piano. Esa misma noche fue informado de que Bogotá estaba muy lejos y que necesariamente el viaje debía hacerse por el río Magdalena. Le recomendaron que vistiera ropa adecuada para las altas temperaturas y que llevara un toldo para los mosquitos que atacaban las embarcaciones. Aunque el Coronel llegó a inquietarse con los comentarios que le hacían, no veía la hora de iniciar el viaje, pues para él constituía toda una aventura.

La primera sorpresa la recibió al descubrir que el viaje lo emprendería a bordo de una canoa a la que llamaban champán. La tripulación estaba conformada por un capitán y 14 negros fuertes que cantaban mientras remaban. Los días transcurrían perezosos, pero se divertía mucho descubriendo grupos de caimanes en la orilla del río. También disfrutaba de las manadas de loros y de pájaros multicolores que cruzaban el cielo. Pero lo que más lo emocionó fueron las familias de micos colgados de los árboles, tanto así que a su regreso quiso llevarse uno a casa.



En el recorrido había pocos parajes donde detenerse para comprar alimentos o para pasar la noche en forma más cómoda que en el champán. Pero en un lugar en el que pararon fueron recibidos por una mujer que tenía dos hermosas hijas. El joven Cade, asistente del coronel Hamilton, andaba fascinado con la menor, pero fue desanimado reconvenido discretamente por la madre, quien le explicó que pronto se casaría con su primo. Tras agradecerles la hospitalidad y cuando la canoa empezaba su marcha, las dos muchachas les gritaron desde la orilla que no las olvidaran cuando conocieran a las bellas señoritas de Bogotá. El Coronel y el joven Cade les respondieron que con dificultad las habría más bellas.

Casi mes y medio tardó el Coronel en llegar a Bogotá, pues después de varias semanas de recorrido por el Magdalena hasta Honda, era necesario ascender hasta la verde sabana a lomo de caballo. Desde lo lejos divisó la capilla de Montserrate y las torres de la catedral, imágenes que anunciaban una ciudad de ancestros hispánicos y tradiciones católicas. El coronel Hamilton y su asistente fueron alojados en una casa dispuesta para las visitas ilustres, donde inmediatamente fueron recibidos por el vicepresidente de la República, Francisco de Paula Santander, los ministros y los jefes de la Iglesia.

Como era día de mercado, el inglés quiso conocerlo y encontró que éste se hacía todos los viernes en la plaza principal de la ciudad. Era muy organizado,



pues en una parte estaban las carnes y en otras las verduras y hortalizas, unas grandes variedades de frutas, el azúcar y las velas, y los tejidos. Puesto que mucha gente acudía al mercado, aquella fue la primera impresión que el Coronel se llevó de la sociedad capitalina.

Las damas de alto rango le parecieron bajas de estatura pero de facciones finas, así como algo coquetas gracias al movimiento de sus abanicos. Todas vestían mantos azules

o negros que les cubrían el cabello y la espalda, pero que dejaban el rostro a la vista. Aunque halló de muy buen gusto el traje de seda ceñido que llevaban para asistir a misa, al Coronel no le gustó que algunas llevaran un sombrero en forma de cono. Otras prendas finas que vestían eran el calzado y las medias de seda. Algunas usaban atuendos más informales, como batas de algodón inglés de vivos colores con un chal en los hombros, puesto que, junto con el sombrero de paja, se habían puesto de moda. Las mujeres del pueblo vestían una blusa corta, una falda y encima una ruana. En el caso de los hombres, llevaban un calzón corto en lugar de la falda. Se podría decir que la ruana era la prenda por excelencia de los colombianos de entonces. Pero asombraba lo poco que se usaba el calzado, pues un hombre o una mujer podían ir decentemente vestidos, con prendas de seda o paño, y sin calzado en sus pies.

Ese mismo día el coronel Hamilton advirtió que todos los hombres montaban a caballo y que se saludaban inclinando la cabeza y tocando el sombrero. Sólo los más pobres iban a pie. Entre los hombres también se habían puesto de moda los trajes franceses e ingleses: casacas, camisas de puño, pantalones largos y botas conformaban el traje más distinguido.

En contraste con este buen gusto de los habitantes de la Capital, al Coronel le llamó la atención la cantidad de perros callejeros que había. Por esta razón debió asegurarse que el perro que había traído de Inglaterra, de raza Pointer, y al que llamaba Don, no se le extraviara.

En los días siguientes el coronel Hamilton tuvo oportunidad de visitar distintas familias y de conocer algunas de sus costumbres. Algo que le llamó la



atención fue el gusto que existía por recibir visitas, a las que se las atendía con colaciones, panecillos y chocolate. También notó que entre las mujeres había un gusto más privado: fumar tabaco y conversar. De la misma manera, el Coronel llegó a observar que los coqueteos entre los jóvenes se daban principalmente en la misa, después de que se enviaran mensajes para obtener la aceptación de sus padres. La poca libertad que tenían los muchachos de las clases pudientes contribuía a que muchas veces se casaran entre primos.

La familia que encontró el coronel Hamilton era una institución fuerte, de padres y madres dedicadas que trataban a sus hijos con rigor. Él se declaró un defensor de esas familias y de la honestidad de sus mujeres, aunque en alguna ocasión le tocara observar a una pareja infiel que llevaban esposada por la calle. También pensó que probablemente la guerra y tantos soldados alejados de sus esposas habían afectado las familias. De hecho, era probable que los niños indigentes que veía en la calle fueran resultado de la guerra. En su recorrido por el país, el Coronel observó que las familias colombianas eran mucho más diversas de lo que había pensado inicialmente: por ejemplo, en el Cauca conoció de cerca las familias indígenas, en las que las relaciones comunitarias eran imprescindibles. También trató con parejas de campesinos mulatos, que no se habían casado por la iglesia pero que eran verdaderas familias.

El propio coronel Hamilton vivió una experiencia única. Al salir de Popayán, de regreso hacia Cartagena, en el puente del Humilladero lo esperaba un niño que había conocido días atrás y que le pidió que lo llevara con él. Al parecer, el sentimiento de las palabras del chiquillo y de su mirada fueron tales que no pudo decirle que no. En el epílogo de su libro nos dice que ese niño creció y

vivió con él en Londres, ciudad donde aprendió a hablar inglés. Aquel niño, llamado Joaquín, tal vez fue el primer adoptado de la historia de Colombia.

El 28 de junio de 1825 el coronel John Hamilton regresó a su casa en la calle Downing de Londres. Meses después escribió el relato de su viaje. Aunque sus jefes esperaban un informe lleno de cálculos económicos y opiniones políticas, él prefirió hablar con cariño de la formidable fauna, los bellos paisajes, la hospitalidad, la alegría de las mujeres y el anhelo de felicidad que tenían todos los colombianos.





ANA MARÍA MATAMBA: LOS CAMINOS CRUZADOS DE LA ESCLAVITUD Y LA LIBERTAD

Rafael Antonio Díaz Díaz

Cuando en 1810 se desencadenaron los hechos de la Independencia y sobrevino el fragor de los gritos y de las revueltas a lo largo del Nuevo Reino de Granada, Ana María Matamba ya contaba con 90 años de edad y se aprestaba, sin apuros, a dejar el mundo de los mortales. Sus últimos días los iba a vivir en la ciudad-puerto que la había visto crecer y envejecer y que le había permitido vivir con sus dos hijas, Bárbara y Juana: la Villa de San Bartolomé de Honda.

La ubicación estratégica de Honda, puerto libre a orillas del Río Grande de la Magdalena, lo convertía en un hervidero de noticias provenientes del Nuevo Reino, de las distintas gobernaciones y de las provincias. Debido a ello, Ana María siempre estaba al tanto de chismes, asonadas, revueltas, traiciones, amores furtivos y noticias nuevas. Por ello, siempre estuvo enterada de los sucesos notables, ya fuera a través de los bogas o de los pasajeros provenientes de Mompox, de Popayán o de Cartagena. Quizás por eso fue que cuando sobrevinieron las asonadas y las proclamas pidiendo la Independencia frente a España, su memoria y su conciencia encontraron una renovada lucidez que le permitió entender, por primera vez, no sólo que pertenecía al amplio sector de los esclavizados y “libres de todos los colores”, sino que a pesar de que ella y sus pares constituían el grueso de la fuerza productiva colonial, aquello no representaba una mejora en sus condiciones de vida.

Ana María había nacido esclava, como su madre, quien la parió en la hacienda Periquitos, jurisdicción de la Villa de Honda y propiedad de su amo, Justo Layos, rico español comerciante y terrateniente de enorme influencia en la región. Su madre le contó que su padre, un esclavizado bozal, había sido vendido por Layos a un tratante de la ciudad de Popayán y desde entonces jamás había vuelto a tener noticia de él, ni siquiera el recuerdo de su nombre. Desde entonces, la esclavitud le negó la posibilidad de contar con una familia, drama que, como a muchas familias esclavas del Reino, era compensado por el infatigable esfuerzo y el enorme cariño de su madre. Como esclava, la simpleza de las labores domésticas y, en ocasiones, del cuidado del ganado en la hacienda, le permitieron gozar de mucho tiempo libre sin la mirada inquisitiva de sus amos, algo que ella aprovechó para jugar y corretear por los montes aledaños con otros niños y niñas esclavos y libres.

Ya más entrada en años, aquellas correrías por los bosques y por los montes se convirtieron en encuentros con negros, zambos, mestizos y mulatos, esclavos y libres, en los que se interpretaban ciertos bailes y danzas que en todo el reino recibían el nombre de fandangos o bundes. Estas diversiones le ayudaron a sobrellevar la pesada carga de la esclavitud y a experimentar la sensación de la libertad, así fuera por unos cortos instantes. En esas correrías y juergas, encontró el amor y la pasión y, con ellas, a sus dos hijas, que nacieron por ese entonces.

Ana María se acordaba de la experiencia de libertad de muchos de esos negros, mulatos, zambos y mestizos. También recordaba que funcionarios y escritores los acusaban de vagabundos, de ladrones y de ofender a Dios y al Rey, por lo que pedían a gritos que los dejaran bajo la tutela de un amo conocido. Por eso los llamaban despectivamente “libertos”.

Aunque Ana María no se acordaba con precisión cuándo le habían otorgado la libertad a ella y a sus hijas Bárbara y Juana, sí recordaba cómo la súbita



condición de libertad y la repentina muerte de su madre la llevaron lejos de la hacienda y la obligaron a radicarse en la Villa de Honda. Debido a un embrollo jurídico con su antiguo amo, que le había incumplido la entrega de unos pequeños bienes prometidos, los escribanos del puerto le cambiaron su apellido Matamba por el de Layos, que había heredado de un antiguo propietario. En la Hacienda nunca había habido motivo para que su apellido, de origen africano, fuera puesto en duda, pero la decisión de los escribanos le robó buena parte de su existencia y la hizo sentir muy confundida.

Por esa razón firmó los memoriales del pleito con su apellido angolano, mientras que el escribano lo reemplazaba con el de su amo. Sus nombres eran, de alguna manera, la mejor muestra de vivir en una sociedad que la colocaba en una especie de limbo: Ana y María eran nombres propios del santoral católico, al tiempo que Matamba, su apellido, era el nombre de un legendario reino africano de la zona de Angola, de donde vinieron muchas personas esclavizadas. Como les sucedía a muchas de ellas, sus nombres eran la marca de la ambivalencia entre los nombres cristianos y aquellos que les recordaban a sus ancestros africanos. De Matamba sólo sabía que era un reino antiguo que estuvo gobernado por una mujer, la reina Xinga: ella era una gran líder que había organizado una guerra de guerrillas contra los tratantes de esclavos y encabezado una tradición rebelde que en Angola se había manifestado mediante los quilombos.

Las ansias de libertad y rebeldía que sentía a la luz de las noticias sobre los tumultos y proclamas que exigían la separación de España, no eran precisamente un sentimiento nuevo o extraño entre los esclavizados. Desde que era muy niña, le habían contado leyendas e historias de esclavos

—denominados cimarrones, arrochelados o apalencados— que huían solos o en gavilla para formar sitios que posteriormente se hicieron famosos y que se conocieron como palenques y rochelas. Algunos nombres de aquellos refugios revoloteaban en su recuerdo de manera desordenada: La Ramada, La Matuna, El Castigo, Norosí, Cartago, San Basilio, Matudere, Musanga, Zaragoza, entre muchos otros.

En cambio, el paso de los primeros batallones o milicias de pardos en la Villa de Honda, así como la impresión de ver pardos y zambos en ropa militar quedaron



fijos en su memoria. Dichas milicias, de las que ya había recibido noticias provenientes de la vecina Mariquita y de Santafé de Bogotá, pretendían contener la proliferación de cimarrones y la creación de palenques, ambos resultados de la huida de cientos de esclavos procedentes de las ricas regiones productoras de oro de Remedios, Cáceres, Guamocó y Zaragoza. Al otro lado del Río Grande de la Magdalena, en la llamada “tierra caliente”, camino de la Capital Santafé, también supo de la sublevación de negros y mulatos cimarrones en el Guayabal de Síquima, Matima y Pacho.

A la luz de su vaga concepción del monarca español y del dominio que venía ejerciendo en estas tierras, trataba de comprender los esfuerzos de mucha gente por conseguir su Independencia. Sin embargo, lo que no le cabía en su cabeza llena de recuerdos era que la tantas veces mencionada Independencia no buscara, de un solo tajo, darles la libertad a los



esclavos. En los mentideros de la Villa oía historias y noticias de cómo los partidarios del Rey y los independentistas los buscaban, afanosamente, para su causa, ofreciéndoles una supuesta libertad que en muchas ocasiones no llegaba. Otros eran reclutados a la fuerza por sus dueños. Sin que la libertad fuera una promesa real, los esclavos se convirtieron en un botín político, ante lo cual muchos de ellos decidieron huir o formar, junto con otros “libertos”, bandas que asaltaban caminos, lugares y haciendas, aprovechando el barullo en que se convirtió la lucha por la Independencia.

Un boga, recién llegado de Cartagena, enamorado de su hija Bárbara, le contó la manera como los artesanos mulatos de aquella ciudad, liderados por un tal Pedro Romero, obligaron a los blancos patriotas a romper definitivamente con España. Éste y otros rumores, como el del ataque de los negros patianos, cimarrones de larga historia, a la ciudad de Popayán o la acción intrépida del mulato Juan José Rondón, le sirvieron a Ana María para apreciar cuán útil también era la participación de negros, mulatos y pardos en la encarnizada lucha que se desataba por doquier.

Y entonces sucedió lo que ella ya presagiaba. Murió con el convencimiento de que la Independencia no le traería la libertad a los esclavos. De hecho, sólo sus hijas alcanzaron a ver cómo, mucho tiempo después, unos 40 años o más, la República independiente abolió la esclavitud, otorgándoles a aquellos esa libertad, que no sólo alimentó siempre los sueños de Ana María Matamba, sino que venía ya forjándose en la memoria a lo largo de viejos caminos, donde se cruzaban, desde el sinfín de los tiempos, la esclavitud y la libertad.





EL ÁRBOL DE LA PLAZA

Germán Rodrigo Mejía Pavony

Si en la actual Constitución
Todo es tiranía y maldad,
Árbol de la Libertad
¿Cuáles, di, tus frutos son?
(Profecía. J. M. Caballero)

Temprano en la mañana después del carnaval, un rumor circuló por toda la ciudad. Era el 3 de marzo de 1813, miércoles de ceniza, y un sauce amaneció clavado en la Plaza Mayor. En la parte superior del mismo colgaba un gorro rojo de forma extraña, con varias cintas que lo adornaban de arriba a abajo.

Aunque en un principio los habitantes de Bogotá, que en tiempos de la Independencia todavía se llamaba Santafé, se sorprendieron, entendieron a cabalidad el significado del árbol: libertad. Nunca se supo quién lo clavó junto a la pila de la Plaza. Las autoridades lo mandaron quitar, es cierto, pues no se tuvieron más noticias sobre dicho sauce, pero no porque estuvieran en contra de lo que representaba, sino porque se había colocado sin seguir los protocolos necesarios para convertirlo en un verdadero símbolo de nuestra Independencia frente a España.

Esa mañana de marzo los santafereños estaban contentos y las autoridades del Estado Soberano de Cundinamarca, en especial su presidente, Antonio Nariño, aún más. Tenían motivos para estarlo. El sábado 9 de enero de 1813, el tercer año desde la revolución contra España, habían superado con éxito una dura prueba: la batalla contra las tropas de las Provincias Unidas, que había tenido

lugar en las calles de la ciudad. Dichas Provincias, cuya Capital era Tunja, querían que Santafé se uniera a ellas y como ni los unos ni los otros cedieron, organizaron ejércitos para resolver sus diferencias por vía de las armas. Santafé, Capital de Cundinamarca, venció ese día de enero y por eso el ánimo y el optimismo reinaban en la ciudad durante los días del carnaval y, por ende, durante aquella mañana en la que apareció el sauce.

El presidente Antonio Nariño creía que si la victoria de sus ejércitos no era reforzada con actos que acercaran más a los habitantes de las diferentes ciudades, la unión que había cosechado sería pasajera. Qué mejor que una fiesta, pensó, pero distinta de las religiosas que se celebraban con misas y procesiones, de los carnavales con sus juegos, bailes y toros, o de los nacimientos y matrimonios de los lejanos reyes, que ya nada significaban. No, esta fiesta debía ser cívica: es decir, patriótica y ciudadana. Algo similar se había organizado en 1811 y en 1812, cuando se celebró el 20 de julio —aniversario de la instalación de la Junta de Gobierno— con faroles por toda la ciudad, ceremonias religiosas en la catedral y desfiles militares en la Plaza Mayor. Pero aquello, estimó el Presidente, ahora resultaba insuficiente. Lo que necesitaba era una fiesta cívica, la fiesta del Árbol de La Libertad.

Y así lo decretó. En Santafé y en las poblaciones principales del país debía sembrarse un árbol, pues era un poderoso símbolo que, como bien lo



sabían Antonio Nariño y muchos otros pensadores de la época, había encarnado los ideales libertarios durante la Independencia de Estados Unidos y la Revolución Francesa. Esto facilitó la adopción del árbol como figura central de la nueva fiesta cívica y contribuyó a que se asentara en nuestras creencias como símbolo de la vida y de la permanencia.

Tras una fuerte llovizna que retrasó los eventos, hacia las tres y media de la tarde del jueves 29 de abril de 1813 comenzó la ceremonia central de la fiesta cívica con la siembra del árbol en la plaza principal. En los días y las noches previos ya se habían blanqueado las casas y colgado faroles por toda la ciudad: balcones y ventanas amanecieron luciendo tapices, de modo que las marchas y los desfiles se vieran engalanados por un paisaje urbano colorido y lujoso. Las bandas militares se hicieron sentir con su música solemne, de manera que todos los simpatizantes de la Independencia se sintieron parte de algo nuevo, distinto, porque nunca antes había acontecido algo como lo que iban a presenciar aquella tarde. De otro lado, los seguidores del Rey de España contemplaron el espectáculo furiosos. Y no era para menos. De la emancipación se había pasado a la libertad: la siembra del árbol de la libertad en realidad anunciaba que Cundinamarca declarararía su Independencia absoluta de España.

La ceremonia en Santafé comenzó con un paseo a caballo encabezado por el presidente Nariño, que apareció seguido de sus secretarios, el corregidor, alcaldes y Cabildo, junto con otros notables. Tras salir del palacio presidencial y recorrer las calles centrales de la ciudad, la caravana regresó a la Plaza, donde el Presidente se retiró a sus oficinas en el palacio. Fue entonces cuando las autoridades de la ciudad mandaron sacar el árbol de una de las piezas del Cabildo, donde se le había guardado desde el día anterior, y procedieron a sembrarlo en el lugar que se había preparado para tal efecto. Para esta ceremonia se eligió un arrayán de poco más de cuatro metros de alto. Un triángulo de piedra, que sobresalía del suelo de tierra de la Plaza, delimitó el lugar donde debía sembrarse. Así se hizo, sin dejar de colgar de sus ramas más altas un gorro rojo.

El árbol quedó cubierto por una cúpula hecha en madera, sostenida por pilares que daban forma a cuatro arcos, los cuales se cubrieron de hojas de laurel. De las columnas colgaron faroles de cristal y uno más, de mayor tamaño, fue colocado en la parte más alta de la cúpula. Éste tenía pinturas en sus cuatro costados: un árbol en el primero, luego una imagen de Jesús, una de la virgen María en el tercer costado y, en el último, la espada de la justicia. En las columnas que sostenían la cúpula, además de las hojas de laurel, se colgaron tarjetas en las que previamente se habían escrito versos alusivos a la ocasión. Una vez terminada la ceremonia pasaron las autoridades al palacio y dieron cuenta de lo hecho al Presidente, quien los felicitó por lo realizado.

El gorro rojo no era un capricho de las autoridades o un simple adorno para el árbol recién sembrado. El sauce que apareció furtivamente en la plaza aquel 3 de marzo también lo tenía, pero sólo unos cuantos sabían cuál era su

significado: ese gorro, conocido como frigio —por el lugar en Asia, Frigia, de donde se cree que es originario—, era también símbolo de la libertad desde épocas muy remotas. Aunque los santafereños no lo podían saber en 1813, el símbolo del gorro frigio se mantuvo y, hoy por hoy, hace parte de nuestro escudo nacional.

El día en que los santafereños sembraron el arrayán en su plaza principal, ocurrió otro hecho que sirvió para que los habitantes entendieran los límites de su recién adquirida libertad. La tarde anterior, el 28 de abril de 1813, un esclavo de nombre Tomás acuchilló de muerte a su amo. El coronel Antonio Bailly, ingeniero francés al servicio de las tropas de Cundinamarca, lo había regañado aquella tarde y él, que era un mulato de 13 años de edad, reaccionó clavándole un cuchillo en el estómago. Dicen los testigos que Tomás había actuado así porque había entendido que la libertad, en cuyo homenaje se sembraría el árbol en la Plaza al día siguiente, significaba que ya no habría amos y que ellos, por lo tanto, no tenían derecho sobre su persona.



Sin embargo, Tomás fue arrestado y condenado a morir fusilado.

El ajusticiamiento ocurrió en la Plaza Mayor apenas terminó la siembra del árbol de la libertad. Ubicadas las tropas en los cuatro costados del arrayán y luego de que el cura Andrés María Rosillo pronunciara un largo sermón en el que explicó las diferencias entre la libertad y el libertinaje, un grupo de soldados se adelantó y disparó contra la humanidad del mulato, quien murió sin entender lo que el cura quiso decir.

Vale la pena anotar que el de Santafé no fue el único árbol que se sembró por aquellos días. De hecho no fue el primero. Un poco antes, el 23 de abril 1813, ya se había sembrado uno en la plaza de la villa de Honda.

Los habitantes de Cali sembraron su árbol el 24 de junio del año siguiente. Otros árboles y juramentos parecidos fueron realizados en las poblaciones de Guasca, Guatavita, Zipaquirá, Ubaté, Fúquene, Chiquinquirá, Saboyá, Sutapelao, Sogamoso y en otras poblaciones de las provincias de Tunja y Cundinamarca.

Regresando a Santafé y la historia de su árbol, otro acontecimiento conmocionó a los habitantes que ya estaban habituados a ver el arrayán en el centro de la Plaza Mayor. Las autoridades habían dispuesto que el 20 de julio de 1813, se hiciera el juramento de Independencia, esto es, Cundinamarca haría pública su Independencia absoluta de España. Dos días antes, durante la noche del 18 de julio, un joven de ruana cortó el árbol y buscó refugio en una capilla

cercana; a la mañana siguiente los santafereños vieron pegados carteles en las paredes de las casas céntricas con mensajes criticando el juramento de Independencia absoluta que se realizaría días más tarde.

La reacción fue inmediata. Se sembró otro árbol, un olivo. Como en la ocasión anterior, la ceremonia constó de desfiles y discursos, después de los cuales se realizó el juramento de libertad según decisión tomada el 16 de julio anterior, fecha que hoy celebran los cundinamarqueses como la de su Independencia. Las banderas de los ejércitos comenzaron a ser reemplazadas ese mismo día, pues hasta ese momento seguían utilizando los símbolos del Rey de España. Después del juramento, el Presidente mandó cortar las banderas del Batallón de Patriotas; unos días más tarde se terminaron de cambiar las banderas, esta vez, en la iglesia de San Agustín. Igualmente se mandaron quitar, o al menos tapar, los escudos de España que decoraban puertas y paredes en muchas de las casas e iglesias de la ciudad.

De esta manera, las personas de hace casi 200 años sepultaron los viejos símbolos y plantaron las semillas de otros nuevos. Gracias a ellos, creció una una nueva realidad: la de una República, que, como un gran árbol, le dio sombra a todo un pueblo.





EL DÍA QUE LA POLA FUE SALVADA DE MORIR

Oscar Guarín Martínez

A don José Domínguez Roche nunca se le pasó por la cabeza que algo como lo que ocurrió aquella noche de 1826 fuera posible: en medio de la representación de su obra de teatro 'La Pola', que se llevaba a cabo en la Gallera de Bogotá, el público capitalino salvó a la heroína del fusilamiento. La historia data de muchos años antes, cuando el general Santander le encargó a don José la escritura de una obra de teatro que conmemorara la muerte de tan popular mujer. Haciendo gala de sus dotes de buen versificador, don José se dio a la tarea de hacer la obra de teatro más conmovedora y sensible que jamás se hubiera escrito.

Este encargo era realmente significativo, pues se aproximaba una fecha importante y era necesario celebrarla de manera grandiosa. Sobre teniendo en cuenta que, desde 1816, cuando Morillo y los realistas llegaron a Santafé, todas las celebraciones debían elogiar la restauración del gobierno del Rey en tierras americanas. Pero era difícil celebrar una restauración que había representado una época de tragedia y de dolor, y durante la cual muchas personas habían sido objeto de persecuciones y padecido pérdidas, tanto de bienes como de seres queridos. Tanto así, que muchos llegaron incluso a pensar en no volver a ver los días en que la República casi se podía tocar con las manos. Por eso, cuando el ejército patriota derrotó a los españoles en las dos batallas de Boyacá en 1819, la noticia se regó como pólvora por toda la sabana.

El correo con la noticia llegó presuroso a la Capital el mismo 8 de agosto de 1819, hecho que motivó la organización de un gran recibimiento para



los héroes. Los balcones se decoraron con flores, se improvisaron arcos para recibir a los triunfadores y hubo tiempo hasta de componer una danza para Bolívar, la famosa “Libertadora”. Viendo que el ánimo de los habitantes era tal, el vicepresidente Santander encargó a don José la escritura de una obra de teatro que reviviera los sucesos de aquellos tiempos aciagos, pero que, al mismo tiempo, encendiera de nuevo el entusiasmo por la causa de la Independencia.

Fue por ello que el dramaturgo se entregó en cuerpo y alma a la tarea y logró terminarla en poco tiempo. Cuando se la presentó a Santander, éste se

entusiasmó tanto con la representación que le propuso escenificarla para los festejos del 20 de julio, que ya se avecinaban.

Corría el año 1820 y don José era en aquel entonces el jefe político y militar del Cantón de Funza. Por esa razón, le planteó a Santander la posibilidad de realizar los festejos en dicha población, que por ser la antigua Capital de los Zipas era ideal para conmemorar el nacimiento de la nueva República. Fue de este modo que empezaron preparativos como, por ejemplo, la construcción de un tablado en la plaza mayor del pueblo, a donde muchos empezaron a enviar alfombras, canapés, taburetes, mesas y muchas otras cosas ocho días antes de la velada; se dice que llegaron tantos muebles que parecía que no iban a caber en el pueblo.

Se cuenta que la Capital —Bogotá— quedó prácticamente vacía aquel 20 de julio de 1820, pues no hubo nadie que se quedara por fuera de la fiesta. Cuando llegó el momento crucial, don José Domínguez presentó su obra magna y recibió una ovación increíble de parte del público asistente, que se deshizo en llantos y en aplausos. El éxito fue tal, que el propio Santander solicitó que la obra se volviera a presentar en Bogotá.

En efecto, se volvió a escenificar pocos días después con motivo de la celebración del 7 de agosto, día del aniversario de la Batalla de Boyacá. El escenario fue el Coliseo Ramírez, principal y único teatro de la ciudad de Bogotá. Nuevamente, el éxito fue apabullante. De hecho, se dice que la gente aplaudió por cerca de 20 minutos y que la bella actriz que encarnó a la Pola fue aclamada como la mejor de su época. Gracias a estos montajes, don José, el patriota alcalde y literato, sobresalió en los círculos culturales



capitalinos y se consagró como el precursor del teatro nacional en los tiempos de la libertad.

Pero la historia no termina aquí. A petición del público, seis años después de este éxito —en el año de 1826, para ser más exactos— se preparó una nueva versión de la obra sobre la Pola que sería representada en la Gallera vieja de Bogotá, en la carrera 9ª entre calles 7ª y 8ª. Cuando llegó la noche del reestreno, todas las localidades se habían agotado, y el público esperaba con ansiedad que subiera el telón y comenzara la función.

La obra empezaba con el diálogo entre Sabaraín y Arcos, miembros de la guerrilla de los Ameyda, quienes se escondieron en la casa de la Pola para huir de la persecución de los españoles. Cada una de las intervenciones de la heroína desataba aplausos y vítores entre los asistentes, al tiempo que el ambiente se tornaba cada vez más tenso y dramático a medida que transcurría la obra.

Cuando la Pola fue capturada, las rechiflas del público no se

hicieron esperar. Muchos empezaron a protestar y a insultar al actor que hacia las veces de oficial español. Entre el desconcierto y la sorpresa salía nuevamente la Pola en escena. Cada una de sus palabras era seguida por el público atentamente y en silencio: “¡Viva la libertad, viva la patria! / y mueran los tiranos de este siglo”. Emocionado, el público se paró y aplaudió, mientras se escuchaban “Vivas” a la República y “Mueras” a los españoles. Todo el teatro se estremeció con sentimientos patrióticos, lo que sin duda llenó de orgullo a don José, quien repetía en silencio cada una de las líneas de su dichosa y magna obra desde una silla en primera fila.

Fue entonces cuando entró en escena el actor que representaba a Leal, el fiscal encargado de la causa de la Pola. Nuevamente, las rechiflas entre el público se hicieron sentir y hubo que esperar unos minutos para que se volviera el silencio. A pesar de que la obra continuó, los ánimos estaban enardecidos, como quedó claro cuando el personaje de Leal comenzó a revisar los papeles del proceso y dijo: “Yo te pronostico / que morirá sin duda, porque el sexo / en las leyes no se halla distinguido”. Tales palabras causaron gran malestar entre el público, que, airado, protestó con vehemencia, hasta el punto en que fue necesario suspender transitoriamente la escena final para que los asistentes hicieran silencio.

Lo único que calmó los ánimos fue una nueva salida a escena de la Pola: la protagonista hizo un gesto con su mano, pidió silencio al público y continuó con su diálogo, que preludiaba su llegada al patíbulo. La escena no



podía ser más conmovedora; el soldado encargado de trasladar a la Pola al lugar de su fusilamiento le pedía perdón y ésta le respondía: “Sí, te perdono a ti, perdono a todos / porque mi corazón sólo detesta / la injusticia, el error, la tiranía / con que habéis oprimido aquesta tierra”.

Un silencio conmovedor llenó el teatro durante la intervención de la Pola, que, con una mano en el pecho y su mirada al infinito, pronunció sus últimas palabras: “Adiós, ilustre pueblo granadino. / Adiós, ciudad amada, patria bella; / atender a vuestra hija que este día / el nombre bogotano desempeña / porque muere abatiendo a los tiranos / y a morir con valor al hombre enseña...”.

Entonces fue Troya. Los gritos y las protestas inundaron de nuevo la sala. Por todas partes se escucharon insultos contra los españoles. “¡No! ¡No! ¡No! ¡Traidores! ¡Asesinos!”. Innumerables objetos empezaron a caer en el escenario, y los actores inútilmente trataban de evitar ser blanco de los proyectiles. “¡Que la liberen! ¡Que la liberen!”, fueron las palabras que tuvieron un eco inusitado. “¡Sí!, ¡Que le conmuten la pena! ¡Que la perdonen! ¡Que la perdonen!”, gritaba el público, mientras los actores se miraban unos a otros sin saber qué hacer.

Don José paseaba su mirada del público a los actores, y de éstos de nuevo a la sala, totalmente desconcertado. Los actores lo miraban a él, él a los actores, nadie entendía nada ni sabía qué hacer. De repente, en un arrojito de improvisación, más para salvar la vida que para salvar la obra, los actores condujeron a la Pola de nuevo a la cárcel. El telón cayó y permaneció por unos minutos así, hasta que, poco tiempo después, uno de los actores salió a escena y trató de silenciar los gritos que aún no cesaban diciendo: “La

compañía registra conmovida la formidable demostración de patriotismo del público santafereño, e interpretando, como es debido, sus nobles y cristianos sentimientos, ¡revoca la sentencia de muerte, y envía a la gloria a la grande heroína del país!”. Las protestas se transformaron en una gigantesca ovación y el público, conmovido en el alma, aplaudió, aplaudió y aplaudió antes de irse tranquilo y feliz para su casa.

Don José Domínguez Roche nunca olvidaría aquella noche de 1826, en la que el público bogotano salvó del fusilamiento a la Pola. Sin duda, el patriota alcalde y literato experimentó en carne propia el espíritu de aquellos tiempos, cuando el entusiasmo sobrepasaba a la realidad y ni la literatura podía contener los vientos de cambio.



ANEXO



ÓSCAR SALDARRIAGA VÉLEZ

Historiador de la Universidad de Antioquia y Ph.D. en Filosofía y Letras-Historia en la Université Catholique de Louvain-Belgique, es Miembro fundador del Grupo Historia de la Práctica Pedagógica en Colombia. Actualmente se desempeña como Director del Departamento de Historia de la Universidad Javeriana-Bogotá.

REFERENCIAS DEL TEXTO “LA ESCUELA COLOMBIANA HACE 200 AÑOS, AL DERECHO Y AL REVÉS”

Martínez Boom, Alberto & Silva, Renán. (1984). *Dos estudios sobre educación en la Colonia*. Bogotá: CIUP-Universidad Pedagógica Nacional.

Saldarriaga, Oscar. (2003). *Del oficio de maestro: prácticas y teorías de la pedagogía moderna en Colombia*.

Bogotá: Editorial Magisterio.

Saldarriaga, Oscar & Sáenz, Javier. (2007). “La construcción social de la infancia: pedagogía, raza y moral en Colombia, siglos XVI-XX”. En Rodríguez, Pablo & Manarelli, María Emma (Coords.). *Historia de la infancia en América Latina* (pp. 389–415). Bogotá: Universidad Externado de Colombia.

Zuluaga, Olga Lucía. (1984). *El maestro y el saber pedagógico en Colombia, 1821-1848*. Medellín: CIE-Universidad de Antioquia.



MAURICIO NIETO OLARTE

Filósofo de la Universidad de los Andes, recibió los títulos de maestría y doctorado en Historia de las Ciencias en la Universidad de Londres. Actualmente se desempeña como Director de Posgrados de Departamento de Historia de la Universidad de los Andes.

REFERENCIAS DEL TEXTO “LAS AVENTURAS CIENTÍFICAS DEL SABIO CALDAS Y SALVADOR CHUQUÍN”

Caldas, Francisco José. (1978). “Carta a Mutis, Ibarra, septiembre 23 de 1802”. En *Cartas de Caldas, Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales* (p. 196). Bogotá: Imprenta Nacional.

Nieto Olarte, Mauricio. (2007). *Orden Natural y Orden Social: Ciencia y Política en el Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. Madrid: CSIC.



JORGE ORLANDO MELO GONZÁLEZ

Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Colombia con maestría en Historia Latinoamericana de la Universidad de Carolina del Norte, fue Profesor en las universidades Nacional, del Valle y Duke. Entre 1994 y 2005 dirigió la Biblioteca Luis Ángel Arango.

REFERENCIAS DEL TEXTO “LA INDEPENDENCIA CONTADA POR UN MUCHACHO EN BOGOTÁ”

Acevedo y Gómez, José. (1960). “Acta del Cabildo Extraordinario del 20 de Julio”. En: Elías Ortiz, Sergio. *Proceso histórico del 20 de Julio de 1810, documentos*. Bogotá: Banco de la República.

Caballero, José María. (1902). Diario de la independencia. Recuperado el 06 de agosto de 2009 en el sitio web *Blaa Virtual* <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/diarioindep/diario0.htm>.

Caballero, José María. (1902). *La Patria Boba* (Vol. 1). Bogotá: Imprenta Nacional - Biblioteca de Historia Nacional.

Cordovez Moure, José María. (1899). *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. Bogotá: Libr. Americana.

Farto, Manuel María. (s.f.). “El 20 de julio de 1810, versión de un español”. *Boletín de Historia y Antigüedades*, (No. 231-232), pp. 402 y ss.

Friede, Juan. (1972). *La otra verdad: la independencia de América vista por los españoles*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.

Socorro Rodríguez, Manuel del. (1810, 17 de agosto). *La Constitución Feliz*, (No 1), Bogotá. Recuperado el 06 de agosto de 2009 en el sitio web *Blaa Virtual* <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/constitu-feliz/indice.htm>

Tadeo Lozano, Jorge & Torres, Camilo. (1810, 29 y 31 de agosto, 4 y 7 de septiembre). “*Historia de nuestra revolución*”. *Diario Político de Santafé de Bogotá*, (Nos 2-5), Bogotá. Recuperado el 06 de agosto de 2009 en el sitio web *Blaa Virtual* <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/diario-politico/indice.htm>

Vargas Jurado, José María. (1902). “Tiempos Coloniales”. En *La patria boba* (Vol. 1). Bogotá: Imprenta Nacional - Colección Biblioteca de Historia Nacional.





ADELAIDA SOURDIS NÁJERA

Doctora en Ciencias Jurídicas, Historiadora de la Universidad Javeriana y Magíster en Investigación Social Interdisciplinaria de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, en Convenio con el Archivo General de la Nación de Colombia.

REFERENCIAS DEL TEXTO “HISTORIAS DE CARTAGENA DURANTE LA INDEPENDENCIA”

Corrales, Manuel Ezequiel. (1883). *Documentos para la historia de la Provincia de Cartagena de Indias hoy Estado Soberano de Bolívar*. Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas.

Ospina, Joaquín. (1927). Tatis, José Martín. Algo del pasado y una ojeada al presente. En *Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia* (Doc. 281, pp. 227–230). Bogotá: Editorial Cromos.

Ospina, Joaquín. (1927). Tatis, Manuel José. En *Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia* (Tomo III, pp. 714–716). Bogotá: Editorial Cromos.

Sourdis, Adelaida. (1988). *Cartagena de Indias durante la Primera República 1810-1815*. Bogotá: Banco de la República.

Sourdis, Adelaida. (2007). “El precio de la independencia en la Primera República: la población de Cartagena de Indias (1814-1816)”. En *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. 94, (No 836), pp. 59–80.



MARÍA DEL PILAR LÓPEZ ARISMENDY

Historiadora de la Universidad Javeriana y Especialista en Periodismo de la Universidad de los Andes en 2009. Ha trabajado como Asistente de investigación para proyectos relacionados con la construcción de identidad nacional desde la literatura en el siglo XIX, al igual que con la celebración del Bicentenario de la Independencia para empresas privadas.

REFERENCIAS DEL TEXTO “UN NIÑO DE LA INDEPENDENCIA”

Cordovez Moure, José María. (1997). *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. Bogotá: Gerardo Rivas Moreno Editor.

Gómez Botero, Carlos. (2008). *Infancia y adolescencia del libertador*. Medellín: Comunicación.

Ortega Ricaurte, Daniel. (1990). *Cosas de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Academia de Historia de Bogotá - Tercer Mundo Editores.

Samper, José María. (1971). *Historia de un alma*. Medellín: Editorial Bedout.

Varios autores. (1973). *Museo de Cuadros de Costumbres, variedades y viajes* (Tomo III). Bogotá: Banco Popular.



MAY XUE OSPINA POSSE

Historiadora de la Universidad Javeriana, también trabaja como Investigadora de la Biblioteca Nacional para el proyecto de exposición sobre Proclamas y papeles públicos, y para la de Prensa en la Independencia. Ha trabajado en la escritura de textos para niños para Editorial Norma.

REFERENCIAS DEL TEXTO “HISTORIA DE UN RUMOR EN TIEMPOS DE LA INDEPENDENCIA”

Amar y Borbón, Antonio. (1809, 28 de septiembre). *Don Antonio Amar y Borbón contra los papeles sediciosos*. En Fondo Pineda, (469, Pieza No 1) Bogotá: Biblioteca Nacional de Colombia.

Early, Rebeca. (2005). “Información y desinformación en la Nueva Granada tardía colonial”. En *La Nueva Granada colonial. Selección de textos históricos*. Bogotá: Universidad de los Andes-Centro de Estudios Socioculturales.

Múniera, Alfonso. (1998). *El fracaso de la Nación. Región, clase y raza en el Caribe Colombiano: 1717-1810*. Bogotá: Banco de la República - El Áncora Editores.

Palacio de la Vega, Joseph. (1955). *Diario de Viaje entre los indios y los negros de la provincia de Cartagena en el Nuevo Reino de Granada (1781-1788)*. Bogotá: Editorial ABC.



MARTHA LUX MARTELO

Magíster y Doctoranda en Historia de la Universidad de los Andes, actualmente se desempeña como editora de la revista *Historia Crítica* del Departamento de Historia de la misma universidad y como miembro del Grupo de Investigación de Historia Colonial.

REFERENCIAS DEL TEXTO “LA HISTORIA DESCONOCIDA DE MELCHORA NIETO: UNA PATRIOTA VALIENTE”

Buendía N, Jorge. (1948). “Las primeras heroínas de Colombia”. En *Boletín de Historia y Antigüedades*, (Vol. XXXV), No 35, pp. 428–433.

Caballero, José María. (1990). *Diario de la Patria Boba*. Bogotá: Villegas Editores.

Carreño, Aída Martínez. (1997). *Presencia femenina en la Historia de Colombia*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia.

Ibañez, Pedro María. (1903, marzo). “Diario político de Santafé de Bogotá, agosto 29 de 1810”. En *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. I, (No 7), pp. 349–352.

Martínez Carreño, Aída. (2008) “¿Como se ha percibido la participación femenina en las luchas de la independencia?” En *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. 95, (No 842), pp. 443-454.



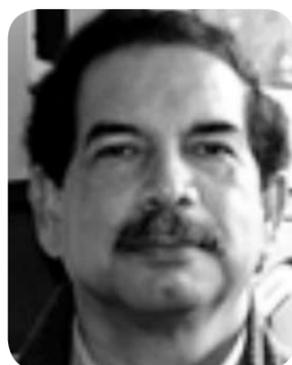
Monsalve, José Dolores. (1930). "Méritos de la Heroína de la Independencia Señora Melchora Nieto", En *Boletín de Historia y Antigüedades*, (Vol. XVIII), pp. 538-554.

Ortiz, Sergio Elías. (1960). *Génesis de la Revolución del 20 de julio de 1810*. (Vol. XIX). Bogotá: Academia Colombiana de Historia.

Otero Muñoz, Gustavo. (1930). "Factores Sociales de la Revolución de Independencia". En *Boletín de Historia y Antigüedades*, (Vol. XVIII), pp. 215-224.

"Señoras patriotas confinadas e hijas del pueblo desterradas en 1816". (1915, mayo). En *Boletín de Historia y Antigüedades*, (Vol. X), pp. 733-735.

Velásquez Toro, Magdala, (Dir.). (1995). *Las Mujeres en la Historia de Colombia*. (3 Tomos). Bogotá: Consejería presidencial para la política social - Presidencia de la República de Colombia - Grupo Editorial Norma.



PABLO RODRÍGUEZ JIMÉNEZ

Historiador, se desempeña como Profesor de la Universidad Nacional de Colombia y de la Universidad Externado de Colombia.

REFERENCIAS DEL TEXTO "LA COLOMBIA QUE YO CONOCI"

Castro, Beatriz (Ed.). (1996). *Historia de la vida cotidiana en Colombia*.

Bogotá: Editorial Norma.

Hamilton, John Potter. (1993). *Viajes por el interior de las provincias de Colombia*.

Bogotá: Biblioteca V Centenario Colcultura - Viajeros por Colombia.



RAFAEL ANTONIO DÍAZ DÍAZ

Historiador, se desempeña como Profesor titular del Departamento de Historia y Geografía de la Universidad Javeriana, donde se centra en Africanismo y en la investigación de la historia de las poblaciones afrocolombianas.

REFERENCIAS DEL TEXTO "ANA MARÍA MATAMBA: LOS CAMINOS CRUZADOS DE LA ESCLAVITUD Y LA LIBERTAD"

Díaz Díaz, Rafael Antonio. (2001). *Esclavitud, región y ciudad. El sistema esclavista urbano-regional en Santafé de Bogotá*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano.



GERMÁN RODRIGO MEJÍA PAVONY

Historiador y Profesor Titular del Departamento de Historia de la Universidad Javeriana, recibió su Ph.D en Historia de la Universidad de Miami y es Profesor honorario de la Universidad Nacional de Colombia.

REFERENCIAS DEL TEXTO "EL ÁRBOL DE LA PLAZA"

Caballero, José María. (1902). *La Patria Boba* (Vol. 1). Bogotá: Imprenta Nacional - Biblioteca de Historia Nacional.

Díaz Díaz, Oswaldo. (1963). *Copiador de órdenes del regimiento de Milicias de Infantería de Santafé (1810-1814)*. Bogotá: Revista de las Fuerzas Armadas.

Espinosa, José María. (1971). *Memorias de un abanderado* (Vol. 15). Bogotá: Banco Popular - Biblioteca Banco Popular.

Groot, José Manuel. (1953). *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada* (Tomo III). Bogotá: Ministerio de Educación Nacional - Ediciones de la revista Bolívar.

Hernández de Alba, Gonzalo. (1989). *Los árboles de la libertad. Ecos de Francia en la Nueva Granada*. Bogotá: Editorial Planeta.

Mejía Pavony, Germán Rodrigo. (2006, Diciembre) "Bogotá 1810-1819. Urbs y civitas en una época de crisis". En *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. 93, (No 835), pp. 885-912.



OSCAR GUARÍN MARTÍNEZ

Historiador y Magíster en Historia de la Universidad Javeriana. Actualmente se desempeña como Profesor Asistente del Departamento de Historia de dicha universidad y como Investigador en el área de Historia Social del siglo XIX.

REFERENCIAS DEL TEXTO "EL DÍA QUE LA POLA FUE SALVADA DE MORIR"

Cordovez Moure, José María. (1973). *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

Garzón Martha, Álvaro. (1990, enero-junio). "Del sentido de la actitud trágica en el teatro de la independencia (1790 -1830)". En *Revista Colombiana de Sociología*, Nueva Serie, Vol. 1, (No 1), pp. 101-115 .

Ibáñez, José María. (1952). *Crónicas de Bogotá*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.

Roche, José Domínguez. (1987). *La Pola*. Bogotá: Arango Editores.





Ministerio de Educación Nacional
Bogotá D. C., Colombia
2009



Revolución
Educativa
Colombia aprende

Ministerio de
Educación Nacional
República de Colombia



Libertad y Orden